

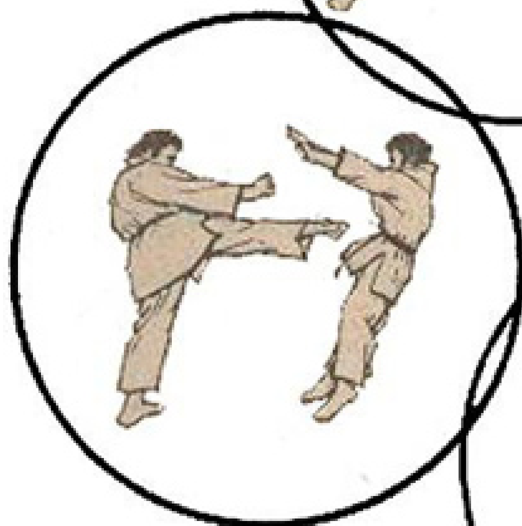
BOLSILIBROS BRUGUERA

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

LA CARETA


COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. —La noche de «La *Cobra»* - *Curtís Garland*
2. —Infierno para una dama -*Clark Currados.*
3. — En memoria de un budoka - *Lou Carrigan.*
4. — Pelotón Yankee - *Ralph Barby.*
5. — Muerte vestida de oro - *Curtís Garland.*

CLARK CARRADOS

LA CARETA

Colección ¡KIAI! n.° 56

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA BOGOTA • BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 46.876 - 1977
Impreso en España - Primea in Spain
1.ª edición: enero, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650; Barcelona - 1978

CAPITULO PRIMERO

En el guardarropa, George Washington Baxter, Budd para los conocidos, tomó el abrigo con cuello de piel de armiño y cubrió los blancos hombros de su hermosa acompañante.

—Ha sido una función muy divertida —comentó la mujer.

—¿Verdad que sí? —Baxter dio una buena propina a la encargada del guardarropa y se dirigió hacia la salida, con la joven junto a la cual se hallaba desde las seis y media de la tarde. Era un hecho circunstancial; lo que menos pensaba Baxter aquel día era salir a cenar y luego al teatro, pero el casual encuentro con una antigua conocida había determinado sus planes para el resto de la jornada. No obstante, una vez la hubiese dejado en la puerta de su casa, se habría acabado todo, a pesar de que sabía que ella le invitaría a tomar una copa en su apartamento, con lo que podía seguir a continuación.

—Sí, es una obra muy divertida, excelentemente construida, con un tema, aunque viejo, renovado con gran habilidad, y perfectamente dirigida, a los que es preciso unir una interpretación poco común —añadió.

Theda Crawford se volvió y le miró sorprendida,—

— ¡Oye, hablas como un crítico profesional! —exclamó.

Baxter se echó a reír.

—Es que he leído las críticas en el *New York Times.* Tengo buena memoria, me aprendí los párrafos más sustanciales... *et voilá!*

Theda rió, también, de buena gana. Después de salir del teatro, caminaron un poco por la acera. El coche de Baxter se hallaba estacionado a cierta distancia y había preferido conducirlo él, en lugar de molestar a su criado y chófer, Tim Koye, a quien había concedido la tarde libre. Comentando las incidencias de la obra, anduvieron sin prisas, disfrutando de la excelente temperatura de la noche.

De repente, se oyó un agudísimo chillido a poca distancia.

Una mujer cayó de espaldas al suelo, gritando frenéticamente, a la vez que se llevaba ambas manos a la cara, súbitamente bañada en sangre. Algunos de los transeúntes se volvieron, horrorizados.

Un hombre escapó a la carrera. Era de mediana estatura, delgado y de rasgos angulosos. Baxter le vio, durante una fracción de segundo, guardar algo en uno de los bolsillos de su traje.

El instinto le hizo saber que aquel hombre tenía mucho que ver con los chillidos de la joven caída en el suelo. Cuando llegaba a su altura, alargó el pie derecho.

El hombre tropezó con aquel obstáculo que había surgido tan inesperadamente y cayó cuan largo era. Pero, de forma sorprendente, se levantó de un salto, a la vez que mascullaba furiosas imprecaciones.

La gente no se había dado cuenta todavía de lo que sucedía.

Baxter se volvió hacia el sujeto que, de súbito, había sacado una navaja automática de aspecto nada agradable.

Voy a darte una lección que no olvidarás jamás —dijo el navajero.

Y se tiró hacia adelante.

Theda chilló de miedo. Baxter había intuido el ataque y se preparó para la defensa. Lo que hacía el hombre de la navaja, seguramente sin saberlo, era el *Tsukake o* puñetazo al estómago, una figura de judo, de la cuarta *kata,* primera serie. Baxter se aprestó a ejecutar los adecuados movimientos de defensa.

Baxter giró un cuarto de vuelta a su derecha, a la vez que levantaba la rodilla del mismo lado. Theda, atónita, vio la sorpresa en los ojos del sujeto, al darse cuenta de que fallaba el golpe dirigido al estómago de su adversario.

Con la mano izquierda, dedo pulgar hacia arriba, Baxter tiró de la muñeca del navajero, haciéndolo desequilibrarse. Al mismo tiempo, con la mano derecha, la palma hacia arriba, le golpeaba en los ojos, en el arranque de la nariz. El brazo del sujeto quedó oprimido contra su estómago y Baxter repitió un par de veces los mismos golpes, mientras bloqueaba el brazo armado. Agarró con su mano derecha la muñeca del adversario, ejecutó un seco retorcimiento y la navaja, todavía manchada, en parte, de sangre, cayó al suelo.

Ahora tenía la muñeca del navajero sujeta por su mano derecha. Alzó la izquierda y golpeó la nuca del sujeto. Se oyó un gruñido y el hombre cayó de bruces sobre el asfalto, pataleando convulsivamente.

Theda se sentía estupefacta. La escena había durado escasos segundos. En un abrir y cerrar de ojos, Baxter, sin más armas que sus manos, había inutilizado al sujeto que había intentado rajarle el estómago con la navaja. ¿Cómo había logrado Baxter adquirir semejante habilidad?, se preguntó.

La sirena de un coche policial se acercó con sonoros aullidos intermitentes. Dos hombres de uniforme desembarcaron del vehículo. Baxter señaló al caído.

—Arréstenlo —dijo—. Ha atacado a aquella mujer.

Uno de los policías corrió hacia la joven atacada. El otro se inclinó sobre el caído y, aprovechando su aturdimiento, le esposó las manos a la espalda. El primer policía regresó corriendo al coche.

—Voy a llamar una ambulancia. Esa pobre mujer tiene dos cortes en la cara y está sangrando como un cerdo

Theda lanzó un gemido. Un par de compasivos, transeúntes atendían a la desventurada mujer. Baxter hablaba con el guardia que había puesto las esposas al navajero-. El otro dejó el micrófono y se volvió hacia su compañero.

—Dos cortes en la cara, paralelos y muy profundos, de más de

doce centímetros de largo —dijo—. Para esas heridas, no hay cirugía estética que valga.

Luego se encaró con Baxter, quien le contó lo sucedido. Al terminar, entregó una tarjeta de visita.

—Iré a declarar cuando me necesiten —añadió.

—Gracias, señor —contestó el policía.

Baxter asió el brazo de Theda y se la llevó lejos del tumulto. La joven no había salido todavía de su asombro.

—Budd, eres un ciclón —dijo—. ¿De dónde has sacado semejante habilidad?

Baxter sonrió para sí. ¿Iba a decirle a su hermosa acompañante que era un experto en las artes marciales orientales y que no pasaba día, mientras le era posible, que no realizase un entrenamiento a fondo, en su casa o en el gimnasio de un conocido suyo?

— ¡Psé! —dijo, fingiendo modestia—, no resultó difícil. Era un tipo muy lento y pude darme cuenta en seguida por dónde iban los tiros..., quiero decir el ataque con la navaja. Pero hablemos de otra cosa..., aquí está el coche y es hora de que nos retiremos a descansar.

—Me gustaría que aceptases una copa en mi apartamento —insinuó Theda.

—Lo siento, nena, pero mañana tengo que madrugar. Aunque te parezca mentira, pertenezco a esa clase de hombres que deben trabajar para ganarse el sustento cotidiano.

—Entonces, otro día...

—Sí, otro día.

* * *

La joven estaba encaramada en un taburete y sorbía pensativamente, con una pajita, el contenido de su copa de refresco. La falda era corta y muy ajustada a las caderas, lo que permitía ver unas hermosas piernas, enfundadas en seda negra. El final de las medias se advertía, junto con las presillas del portaligas. Ella, sin embargo, parecía ajena al espectáculo que ofrecía a los clientes del local.

Un hombre se acercó a la joven y la miró largamente. Ella, al cabo de unos momentos, se volvió y le dirigió una húmeda sonrisa.

—¡Hola! —dijo.

— ¡Hola! Soy Manny Earle —se presentó el hombre—. Puedes

llamarme Manny, si no hay obstáculos, claro.

—Yo soy Stella —dijo la joven—. ¿Qué tal, Manny?

—Mucho gusto, preciosa. ¿Qué haces por aquí? Tú eres nueva en el barrio, me parece.

—Busco trabajo.

Earle contempló críticamente a la joven, deteniéndose muy especialmente en la doble curva de los senos, firmes, bien contorneados, tal vez sueltos, sin sujetador. La cintura era estrecha y las caderas, amplias y rotundas, prolongadas en un enormemente atractivo par de piernas largas y bien torneadas.

—Quizá yo pueda encontrarte un empleo —dijo Manny, al cabo de unos segundos.

Stella apartó la copa.

—¿De veras?

—Podrías ganar de tres a cuatrocientos dólares fácilmente. Claro que yo sería tu representante y habrías de darme una buena comisión...

—Oye, si lo que dices es cierto, podría darte el cuarenta por ciento. ¿O te parece poco?

—Creo que deberíamos hablar de eso un poco más tarde. —Displicentemente, Earle puso un billete sobre el mostrador—. ¿Quieres venir conmigo?

Stella se apeó del taburete, a la vez que recobraba su bolso.

— Claro —sonrió.

Manny se esponjó al verla de pie. Aun contando con los zapatos de tacón, de ocho centímetros, Stella era más alta de lo que parecía. Había cierta clase de hombres que exigían siempre mujeres altas, con buena planta, y Stella tenía todo lo que necesitaban esos clientes. Naturalmente, él probaría la «mercancía» en primer lugar, a fin de emitir un informe basado en los conocimientos personales.

Salieron del bar y caminaron unos metros por la acera. De pronto, Stella lanzó una leve exclamación.

—¿Qué te pasa? —preguntó Earle.

—El portaligas... Me parece que se me ha soltado una presilla... Ven, ¿quieres ayudarme?

Los ojos de Earle se alborotaron. El callejón estaba completamente a oscuras. Vio el ostentoso contoneo de las caderas femeninas y la boca se le secó repentinamente.

Stella había desaparecido ya en la oscuridad. Earle reaccionó y saltó hacia adelante.

De súbito, varias manos se apoderaron de él, sujetándole por los brazos. Alguien registró sus bolsillos y le quitó la navaja automática

de la que no se separaba jamás.

—¡Eh!; ¿qué diablos...?

Earle percibió un intenso perfume femenino. De pronto, vio un rostro de mujer muy cerca del suyo.

—Manny, ¿me reconoces? —preguntó ella.

Earle sintió, de súbito, un miedo espantoso. Quiso huir, pero las manos que le sujetaban resistieron fácilmente sus esfuerzos. Había varias mujeres más, pensó, mientras maldecía el momento en que se había acercado a Stella.

—Por tus acciones, que no repetiremos, puesto que las conoces aún mejor que nosotras, has sido juzgado, sentenciado y vas a ser ejecutado. No te preguntamos cuál es tu última voluntad, porque, ni nos importa, ni la cumpliríamos aunque nos la dijeras —recitó una de las mujeres.

—Escucha... —dijo Earle, lleno de pánico.

Pero no pudo seguir hablando. Alguien le tapó la boca con una ancha tira de esparadrapo. Un segundo después, sintió en su cuello el roce de una soga.

Manny pataleó, pero todo fue inútil. Cuatro pares de manos lo alzaron en vilo, situándole en lo alto de un cajón vacío, a un metro del suelo. Percibió los movimientos de la que tensaba la soga y, de repente, vio que unas manos empujaban el cajón a un lado.

Los pies del sujeto quedaron al aire. Manny perneó frenéticamente. La caída no había sido lo suficientemente brusca para romperle el cuello. Su agonía duró largos minutos.

Las mujeres permanecieron en el callejón. Habituados sus ojos a la oscuridad, podían ver sin dificultades. Al cabo de un rato, cesaron los movimientos de la víctima.

Stella era, sin embargo, la más afectada, y no quiso contemplar la horrible muerte de Earle. Al cabo de unos momentos, sintió la presión de una mano en el hombro izquierdo.

—Te has portado como esperábamos —dijo la que había dirigido la operación.

—Lo hice por...

—Conocemos tus motivos; no es necesario que los expliques. Bien —exclamó la joven que había pronunciado la sentencia—, vamos a dispersarnos. Os convocaré cuando... haya motivos para una nueva reunión.

Eran cuatro mujeres más y todas asintieron en silencio.

El callejón quedó solitario y a oscuras. Hasta el amanecer, no se descubrió el cadáver de Manny Earle, ahorcado.

CAPITULO II

—Al señor tal vez le interese la noticia que trae hoy el diario —dijo Tim Koye, mientras se disponía a servir el desayuno.

—¿De veras? —sonrió Baxter.

—Manny Earle ha sido hallado muerto. Alguien le colgó de una ventana, en un callejón.

Baxter respingó. Earle era el hampón contra el que había peleado un par de meses antes. La chica a la cual había rajado la cara se había visto obligada a permanecer largas semanas en el hospital, antes de ser dada de alta. Baxter le había enviado un par de ramos de flores, anónimamente, pero no había querido afligirla con una visita tal vez inoportuna.

Leyó el diario, mientras sorbía el café lentamente. Se suponía que la muerte de Earle era debida a una venganza, que no podía calificarse como un clásico ajuste de cuentas entre hampones. Aquella clase de muerte no era muy común entre los individuos de la calaña de Manny.

La policía deducía que Manny había sido atraído a una trampa. Algunos de los que le vieron aquella noche, habían declarado que se había marchado en compañía de una joven muy bonita. Uno dijo que creía haber oído el nombre de Stella, pero no tenía la seguridad completa de que la mujer se llamase así. Lo único cierto era que alguien había atado una soga a los barrotes de una ventana del primer piso... y que el lazo de dicha soga se había cerrado en torno a la garganta de Manny.

Baxter dobló el periódico, pensativamente.

—La noticia ha llamado la atención del señor —dijo Koye.

—Sí, Tim.

¿Le parece un caso digno de su intervención?

Baxter emitió una sonrisa imperceptible.

—La verdad es que no había vuelto a acordarme más del asunto —confesó—. Pero...

—Sugiero al señor que hable con la joven de la cara rajada.

Los ojos de Baxter se alzaron hacia el impenetrable rostro de su criado.

—¿Tú crees?

—El señor lleva mucho tiempo inactivo. Su agencia funciona por sí sola... bueno, mejor será que no me oiga el señor Gray...

Se oyó una alegre carcajada.

—¡Sí, si te oye, te arranca las orejas! —exclamó Baxter—. Pero si ahora interviniera, ¿no tendría que hacerlo en favor de un tipo como Manny Earle?

—Está muerto, señor.

—Bien, yo quería decir en favor de sus familiares, sus amigos... Tú ya me entiendes, Tim.

—Temo que el señor no ha leído la noticia por completo. Hay un *curriculum* de Manny bastante detallado.

—Sí, sí, lo he leído. Manny pertenecía a una banda de explotadores de mujeres, con todo lo que esto significa. Por eso cortó la cara de .aquélla chica.. , ¿cómo se llamaba?

Diana Culpepper y reside en West Brindendock, número ochenta y nueve, apartamento once C.

Baxter miró, sorprendido, a su criado. Koye sonreía maliciosamente.

—Cuando leí la noticia, mientras el señor estaba en el baño, presentí que usted se sentiría interesado en el suceso —manifestó el criado—. Por lo tanto, llamé al hospital y la señorita de información me facilitó el domicilio de la señorita Culpepper.

—Eres un caso, Tim —dijo Baxter, a la vez que meneaba la cabeza—. ¿Y si yo decidiera no intervenir en este asunto?

—No se habría perdido nada, señor.

Hubo un instante de silencio. Baxter apuró su taza de café, limpió sus labios con la servilleta y se puso en pie.

—Pantalones deportivos, camisa a rayas, mocasines y cazadora —dijo.

Koye se inclinó servicialmente.

—La indumentaria está preparada, señor —anunció.

—Tim, ¿eres un adivino?

—La virtud fundamental de un servidor estriba en anticiparse a los deseos de su señor —contestó Koye, gravemente.

—El señor que tiene a su servicio a un criado que adivina sus deseos, es, ciertamente, el hombre más afortunado de la tierra.

—Estas palabras llenan de gozo mi corazón, señor, y son la mejor recompensa a que podría aspirar.

Y después de aquel torneo de finezas, Baxter se encaminó a su dormitorio, a fin de vestirse, para visitar a Diana Culpepper.

* * *

Baxter juzgó prudente ir armado con un gran ramo de rosas rojas. No había vuelto a ver a Diana desde la noche en que Manny le cortase la cara, aunque, ciertamente, no se podía decir que hubiera sido una visión, completa. Baxter recordaba solamente una mujer caída en el suelo, con la cara llena de sangre, que chillaba como un can malherido, a la vez que pataleaba frenéticamente. Pero, al evocar la escena, no pudo por menos de recordar la frase pronunciada por

uno de los policías que habían acudido al percatarse del alboroto producido por la agresión de Manny Earle: «Para esa desdichada no hay cirugía estética que valga», había dicho el agente, más o menos.

Recordaba aquella noche, mientras pulsaba el timbre de la puerta. ¿Cómo habría quedado la cara de Diana? Sabía que los cortes, además de profundos, ya que habían traspasado por completo la carne, medían más de doce centímetros de largo. Claro que, a pesar de todo, la cirugía estética hacía milagros hoy día…

Pero Baxter no estaba preparado para la visión que se presentó ante sus ojos, una vez abierta la puerta.

—¿Sí? —dijo Diana Culpepper.

Baxter abrió la boca.

—¡Caramba, vaya…! —iba a decir «reparación», un tanto irónicamente, pero logró contenerse a tiempo—. La señorita Culpepper, supongo.

—Yo misma. ¿Quién es usted y qué desea? —preguntó ella, con frío acento.

Baxter alargó la mano que sostenía el ramo de rosas.

—Cuando estaba en el hospital, le envié flores un par de veces —dijo—. Mi nombre es Baxter, Budd Baxter, señorita Culpepper.

—¡Oh, Dios mío, el hombre que capturó a Manny Earle!

—El mismo, señorita.

Diana se echó a un lado.

—Tenga la bondad de pasar —invitó—. Disculpe el desorden; hace poco rato que me he levantado… ¿Quiere una taza de café?

—Gracias, desayuné hace poco.

Baxter observó que Diana vestía una bata larga. Su cara, apreció, tenía los rasgos tirantes, pero, al parecer, el policía se había equivocado en su vaticinio; si, había habido cirugía estética para la joven.

—Bien, siéntese —dijo Diana—. Más de una vez he pensado en llamarle, para agradecer lo que hizo por mí.

—Lamentablemente, actué cuando ya era tarde.

—Pero consiguió que Manny fuese arrestado.

—Eso sí es cierto.

Diana abrió una cigarrera y cogió un cigarrillo, cuya boquilla golpeó nerviosamente contra la pulida superficie de la mesita auxiliar. Baxter, galante, le ofreció la llama de su encendedor.

—Manny tenía un buen abogado y lo sacó pronto de la cárcel —añadió la joven.

—De donde está ahora, no hay abogado que lo saque —dijo Baxter.

—He leído la noticia, y créame, no lloraré por ese maldito hijo

de.... Dispense, pero es que cada vez que me acuerdo de lo que me sucedió aquella noche, pierdo los estribos.

—No se preocupe —sonrió Baxter, comprensivamente—. De todos modos, el cirujano hizo un buen trabajo.

Diana le miró perpleja.

—¿Un buen trabajo?—repitió.

—Sí, su cara

Súbitamente, Diana lanzó un estridente .carcajada. Baxter se sintió muy extrañado de aquella insólita actitud.

—Conque un buen trabajo, ¿eh? —dijo la joven. Y, de pronto, se llevó la mano derecha a la base del mentón, junto al arranque del cuello y, tiró hacia adelante primero y luego hacia arriba.

Baxter dio un salto. Ahora comprendía la tirantez de las facciones del rostro de Diana. Durante unos segundos, contempló con horror y lástima a un tiempo, los dos costurones que alteraban espantosamente la mejilla izquierda de la joven. No, aunque el cirujano se hubiese esforzado, las cicatrices venían a corroborar la profecía del patrullero.

* * *

Durante unos segundos, Diana permaneció en la misma posición, con la arrugada máscara en la mano, dejando que Baxter contemplase el estado en que había quedado su rostro. Luego se puso en pie y caminó hasta una consola, sobre la cual había un espejo con marco de cornucopia dorada. La máscara, hecha de una sustancia plástica muy fina, volvió a su sitio. Diana la alisó con los dedos y su rostro volvió a tomar una apariencia más normal, pero sin apenas expresión.

—Esto es lo que he tenido que hacer, a fin de evitar que la gente, cuando salgo por la calle, me mire como a un monstruo de feria —dijo—. Una careta que no puedo quitarme más que cuando estoy sola...

El cigarrillo humeaba aún sobre el cenicero y se lo llevó a los labios, para hacer un par de hondas aspiraciones. Luego volvió a sentarse frente a Baxter.

—¿No me dice nada? —preguntó.

—Lo siento, lo siento de veras. Creo que debo pedirle perdón, por haberla molestado tan desagradablemente —dijo Baxter, muy turbado.

—No se preocupe, ya me he acostumbrado. —Diana rió otra vez —. Esto que me sucedió puede considerarse como un «accidente de trabajo», pero las mujeres de mi clase, lógicamente, no estamos afiliadas a la Seguridad Social.

—Hay buenos cirujanos...

—Pero cuestan dinero y yo no dispongo de la suma necesaria.

Baxter se reclinó en el diván.

—Por favor, ¿quiere contarme los motivos de ¡a agresión de que fue objeto? —pidió.

—Está bien claro, ¿no? Yo me había hartado ya de la explotación de que era objeto. Manny me avisó, y no le hice caso. Entonces, él me buscó una noche y me dio dos cortes. ¡Oh, tenía una gran práctica...! ¿Cree que era la primera?

—Diríase que Manny pertenecía a una banda de explotadores de mujeres.

—Sí. Debo admitir que, en un principio, no tuve inconveniente en aceptar su «protección». Esta vida es muy dura, señor Baxter..., y Manny sabía proporcionarme buenos clientes, generosos y desprendidos..., pero también me exigía mucho. Yo seguí así una temporada, hasta que pensé llegado el momento de, digamos, independizarme. Entonces aprendí a mi costa que cuando una chica cae en las garras de los tipos como Manny y sus amigos, no puede marcharse sin sufrir sus represalias. Conozco a dos más...

Todavía muy nerviosa, Diana aplastó el cigarrillo contra el cenicero, interrumpiéndose un instante.

—A una de ellas, Manny le rajó los dos pechos. Otra perdió un ojo y todavía está peor que yo, porque el muy bestia le echó todo el contenido de un frasco de ácido a la cara. Las que han sido apaleadas o azotadas salvajemente, no vale la pena de mencionarse —añadió—. Por tanto, sea quien fuese el que lo haya ahorcado, merece toda mi gratitud.

-¿Tiene usted alguna idea de quién pudo hacerlo?

No.

La impasibilidad, de aquella careta no permitía que Baxter captase las reacciones del rostro que ocultaba. Sin embargo, le pareció advertir un leve centelleo en los ojos de Diana. ¿Era sincera?, se preguntó.

—Manny tendría amigos...

— ¡Oh, sí, claro, muchos amigos! Todos de su misma calaña.

—Pero si formaba parte de una banda, habría un jefe,..

—No conozco el nombre, aunque quizá Benton Powell pueda decirle algo. Si quiere, claro.

—¿Dónde puedo encontrar a ese tal Powell, señorita Culpepper?

Ella le miró fijamente.

—¿Qué es lo que pretende usted, señor Baxter? —inquirió.

—Bueno, siento cierta curiosidad...

—Usted no es de la policía.

—No.

—¿Detective privado, acaso?

Baxter sonrió evasivamente.

—Dejemos esto —eludió una respuesta concreta—. ¿Qué me dice de Benton Powell?

—Suele acudir al Shaskata's, calle Ciento Veintidós Este, es todo lo que puedo decirle. Salvo que Powell es un perfecto doble de Manny, en su conducta, claro.

—Ya. —Baxter se puso en pie—. Señorita Culpepper... —Sacó una tarjeta de visita, escribió unas líneas y se la entregó a la joven—. Vaya a visitar a este médico. Póngase en sus manos, y le aseguro que no necesitará llevar más esa careta.

Los ojos de Diana se humedecieron.

—¿Por qué hace eso? —preguntó.

—No se preocupe. Vaya a verle.

—Sí, iré.

—Y, a propósito, ¿en qué trabaja, ahora? -Encontré un empleo como taquillera en un cine. No es una cosa que me haga precisamente feliz, pero no tengo que aguantar vejaciones ni impertinencias de nadie.

—A pesar de todo, se siente mejor. —Desde luego.

—Señorita, celebro mucho haberla conocido. Sea animosa, la vida puede tener para usted, todavía, muchos atractivos.

—Me gustaría sonreír. , pero no puedo —se lamento ella.

—Algún día podrá hacerlo —aseguró Baxter.

—Y también querría besarle, pero...

Baxter alargó su cara.

—Hágalo, no se preocupe --invitó alegremente

La máscara dejaba libres los labios de la joven Al separarse, Baxter vio una extraña humedad en sus labios

— ¡Adiós, Diana! —se despidió.

Ella no dijo nada; no tenía palabras con qué expresar sus sentimientos.

CAPITULO III

La mujer le cerró el paso cuando estaba en las inmediaciones del Shaskata's. Era rubia, escandalosamente teñida, y llevaba una blusa roja, muy ceñida a sus pechos voluminosos de los que, seguramente, pensó Baxter, debía de sentirse sumamente orgullosa, Pero ya no era una adolescente!

—¿Me das fuego, buen mozo? —pidió, con el cigarrillo colgado provocativamente de sus pintados labios.

Baxter sacó el encendedor.

—Claro —sonrió.

Ella puso una mano sobre la que sostenía el mechero, haciendo que la llama descendiese un tanto. Así se inclinó y permitió que el resplandor iluminase su escote. Una mujer muy experta, pensó Baxter; sabía cómo hacer resaltar sus encantos físicos.

—Gracias —dijo ella, echándole una bocanada de humo a la cara—. ¿Estás solo?

—Dentro de nada, estaré acompañado.

— ¡Oh...! Oye, ¿no serás de ésos...?

—La vida da muchos chascos, a veces.

Una mueca de desprecio apareció en los labios de la rubia.

—¡Vete al infierno! —masculló, entre dientes—. ¿Cómo me habrá fallado el olfato? —añadió, mientras se alejaba con vivo taconeo.

Baxter se echó a reír. Lo que buscaba en aquel barrio no era precisamente una aventura erótica.

Empujó la puerta del local. Estaba lleno de humo y abundaban los clientes de ambos sexos. Baxter vio también algunos que pertenecían al tercer sexo y no se recataban de ocultarlo. Sentadas a una mesa, había dos mujeres que se acariciaban y se besaban sin preocuparse de lo que sucedía a su alrededor.

De pronto, un hombre se acercó a la pareja de lesbianas y tocó en el hombro a una de ellas. La mujer se separó de su amiga, disponiéndose a seguir al individuo. Pero entonces la otra alargó la mano y agarró el brazo de la primera.

— ¡Quédate! —dijo.

—No, se viene conmigo —ordenó el hombre. —Ella se queda. ¿Verdad, Sue?

Sue vaciló. Baxter apreció que la amiga de Sue era una mujer de recia complexión, casi hombruna. —Betty, yo...

—Déjala, Betty, no tientes mi paciencia —gruñó el individuo.

La mujer de rostro hombruno pareció resignarse y se puso, también, en pie.

—Si él lo manda.. Acércate, Joey, quiero decirte algo.

Joey dio un paso hacia la llamada Betty. Esta, de repente, alzó la rodilla y golpeó con todas sus fuerzas. Joey cayó de espaldas, aullando como un poseso, con las manos en la entrepierna.

Betty agarró fuertemente el brazo de su amiga.

—Hombres —dijo, despectivamente—. Debieran cortarles a todos los. . Anda, vamos; estaremos mejor en mi casa, Sue.

—Si, lo que tú digas, Betty —contestó Sue. mansamente.

Baxter se acodó en el mostrador. En toda pareja, había siempre un individuo dominante, no importaba el sexo. Una gorda camarera, de mirada vacuna, le preguntó por sus preferencias alcohólicas. Baxter pidió un doble de whisky de centeno.

Joey se levantó a poco del suelo y caminó cojeando hacia el mostrador. Alguien le dijo:

—Te está bien empleado. Betty no es mujer que se deje avasallar por nadie y yo te lo había advertido.

—¡Cállate, Bentie, maldita sea! —dijo Joey, malhumoradamente.

Baxter captó el nombre recién pronunciado. ¿Bentie, diminutivo de Benton?

Era un sujeto de buena estatura, delgado y de nariz picuda. Vestía traje oscuro, con rayitas blancas, camisa marrón, casi negra, y corbata color amarillo paja. El sombrero tenía una ancha cinta, con bandas blancas y anaranjadas, sobre fondo azul claro. Una combinación horrible, se dijo Baxter. Claro que Bentie debía de sentirse elegantísimo con aquel atuendo.

Joey se marchó al cabo de unos minutos, renqueando todavía. Entonces Baxter se encaró con el sujeto llamado Bentie.

—Usted es Powell —dijo.

El hombre le miró fríamente, de pies a cabeza.

—Sí. ¿Qué quiere? —preguntó.

—Invitarle a una copa —sonrió Baxter.

—Desconfío de los desconocidos que quieren invitarme —respondió Powell, secamente,

—Entonces, ¿no acepta?

Powell soltó una risita.

—¡Anda, novato, dile al comisario Healey que este truco no cuela! —dijo, burlonamente.

— ¡Ah! Me toma por policía...

—Se ve a la legua, muchacho. Vamos, lárgate y déjame en paz. No tengo nada que decir a un polizonte y mucho menos cuando está recién salido del cascarón. ¿Por qué no te vas con mamaíta?

Baxter ocultó una sonrisa. Ciertamente, su aspecto engañaba al que no le conocía. Los treinta años habían quedado atrás hacía dos, pero su rostro resultaba juvenil por los rasgos, y también debido al hecho de que, contrariamente a la moda, ¡levaba el pelo corto y la

cara completamente rasurada.

—Bentie, mucho temo que debe visitar a un oculista, pero, en fin, su falta de visión no es cosa mía.

Powell parpadeó. Quizá se había equivocado. A veces, los policías eran muy listos..., y enviaban a alguien que parecía medio tonto o con poca experiencia Pero no quiso dar su brazo a torcer.

—Sea quien sea, déjeme en paz.

Y le volvió la espalda despreciativamente.

Baxter no insistió Tomó un leve sorbo de whisky, pero dejó la mayor parte. Era un infecto matarratas, por el que, dominando su ira, pagó dos dólares.

La camarera vacuna perdió su expresión de rumiante al ver que no recibía propina.

— ¡Tacaño! —le apostrofó.

—Ve a que te ordeñen —contestó Baxter, insultantemente.

Sonaron algunas risitas Baxter se encaminó hacia la puerta. Por encima del rumor de las voces, sobresalió la de Powell un instante:

—Ese tipo no me la ha pegado: es un «poli».

Baxter se prometió a sí mismo que lo primero que haría al regresar a su casa sería mirarse al espejo. «¿De verdad tengo cara de policía?»

Caminó unos cuantos metros y se metió en el canelón más próximo. Tarde o temprano. Powell abandonaría el Shaskata's.

* * *

La mujer cruzó por delante del callejón, taconeando ruidosamente. Llevaba un bolso de piel negra, brillante, colgando del hombro izquierdo. Era de estatura más bien baja, aunque los tacones de diez centímetros la hacían parecer muy aita. El pelo era negro, peinado sofisticadamente, y la parte superior del vestido se ajustaba a los senos, menudos y puntiagudos, como una segunda piel. Al cabo de unos segundos, ¡a morena volvió a pasar por delante del mismo lugar.

Baxter seguía aguardando pacientemente. Los entrenamientos que realizaba no eran sólo físicos, sino también mentales. Ello le permitía dominar su cuerpo con la mente y situarse en una posición psíquica, que le aislaba de cuanto le rodeaba, haciéndole completamente ajeno al transcurso del tiempo. La fatiga y el hastío de la espera no existían, por lo tanto, para él.

La mujer cesó de pronto en sus paseos. Un hombre se acercó a ella y le agarró por un brazo.

—Vamos —dijo lacónicamente.

Ella se resistió.

—No, Bentie.

—Estás loca.

—Puede, pero quiero que sepas que ya he terminado con vosotros.

—No hablarás en serio, Patty.

—Esto no es cosa de broma. ¡Adiós, Bentie!

—Patty, por última vez...

—Conviértete en humo, hombre.

Powell emitió un gruñido de ira. Soltó a la mujer, pero fue para levantar la mano y estampársela en pleno rostro.

Ella gritó y se tambaleó. Powell golpeó su muslo izquierdo con la puntera del zapato. Patty gimió y cayó de costado, al suelo.

Powell blasfemó:

—Condenada zorra, ahora vas a saber...

De repente, sintió que le tocaban en el hombro. Asombrado, se volvió.

—¡El «poli»! —exclamó.

—No —sonrió Baxter.

Esta vez usó el puño derecho, con verdadera fruición, saboreando el que le pareció delicioso sonido de unos labios machacados y unos cuantos dientes arrancados de sus alvéolos. Powell emitid un rugido y cayó de espaldas.

A continuación, Baxter agarró al sujeto por debajo de los sobacos y lo arrastró hasta el callejón. Había un gran cubo de basura vacío y lo arrojó en su interior, colocando la tapa a continuación. Luego volvió de nuevo a la calle.

La morena, cuyo peinado se había deshecho, le miró atónita, sin dejar de frotarse el muslo afectado por el golpe.

—Eres un tipo duro —elogió.

Baxter sonrió, a la vez que tendía una mano.

—Me llamo Budd —se presentó.

Ella se puso en pie. Baxter le entregó el bolso, que se le había caído.

—Mi nombre es Patty Logan —dijo ella.

—Vamos a tu casa. Quiero hablar contigo.

Patty escrutó el rostro de aquel hombre. Baxter había hablado en tono sencillo, sin estridencias, pero había algo en su voz que la impedía resistirse.

—Sí, claro —contestó mansamente.

* * *

El whisky que le sirvió Patty era algo mejor que el que había probado en el Shaskata's. Ella había restaurado un tanto su tocado, aunque las señales de la bofetada eran todavía visibles en su mejilla.

—De modo que has acabado con Bentie —dijo él, pasados unos momentos.

Los ojos de Patty emitieron un inequívoco fulgor de ira.

—Estoy harta de que me exploten —contestó—. ¿Sabes cuánto me piden? Nada menos que la mitad de mis ganancias... Yo tengo que buscar al cliente, soportar cosas de las que no tienes la menor idea..., y encima, he de pagarles el cincuenta por ciento... ¡Que se vayan al diablo!

—Observo que hablas en plural —dijo Baxter, sentado en un butacón de tapicería ya gastada, con las piernas cruzadas y el vaso en la mano izquierda—. ¿Es que hay alguien más con Powell?

—Claro. Lo que pasa es que no conozco a su jefe. Porque se trata de una organización que nos explota, ¿sabes? Imagínate, cien de nosotras... Si damos cincuenta dólares diarios, ¿te imaginas cuánto ganan ellos, sin más que poner la mano, como quien dice?

—Pero ¿ganas cien dólares diarios?

Patty se encogió de hombros.

—A veces... Oye, ¿qué diablos te importa a ti este asunto?

—Me interesa. Ce modo que no sabes quién es el que está por encima de Powell.

—Bueno, una vez..., yo estaba libre y él vino a quedarse un rato conmigo. Llamó por teléfono para informar de que estaba en mi casa. Oí un nombre... Sí, eso es, Wallace, Hoot Wallace, aunque no sé si es el jefe o no...

Patty miró, intrigada, a su huésped.

—Eres un policía? —preguntó.

Baxter extendió los brazos.

—Dejaré que me registres. Si quieres, me desnudo, para que veas que no llevo la placa pegada al interior del muslo con esparadrapo.

—Bueno, la verdad es que no me importa demasiado quien seas... Le has zurrado bien a Bentie y de veras se lo merecía. Pero no me siento demasiado tranquila. Volverá a buscarme.

—¿Lo crees así?

Patty asintió preocupadamente.

—Estaré con los ojos muy abiertos. No quiero que me rajen la cara o me la quemen con vitriolo, como ha pasado ya a más de una. A la pobre Diana Culpepper le destrozaron la cara a navajazos .. Menos mal que el que le hizo los cortes está ya en el infierno.

—¿Cómo? —dijo Baxter, simulando ignorancia.

Patty puso el pie sobre el brazo de un sillón, se subió la falda hasta la cintura y enseñó el muslo, en el que se veía un círculo violáceo.

—Mira, ese salvaje hijo de puta... Por poco me parte el hueso, el

muy grandísimo... —Empezó a friccionarse vigorosamente con la mano—. ¿De qué hablábamos, Budd?

—De un tipo que hizo unos cortes y que está ya en el infierno.

— ¡Ah, sí!, Manny Earle. . Un mal bicho, créeme. Estos días, algunas de las chicas se han emborrachado para celebrarlo. —De pronto, bajó la voz—: He oído algo, pero no sé si creerlo...

—¿Qué es, Patty?

—A lo mejor tú tampoco te lo crees —dijo ella, dubitativamente.

—Bueno, si no me lo cuentas, no podré decirte si he de creerte o no —contestó Baxter con acento chancero.

Patty puso el pie en el suelo y se inclinó hacia el joven.

—Creo que hay una organización de mujeres, que piensan vengarse de todos estos sujetos que nos explotan —murmuró.

¡Caramba! Eso es muy fuerte..

—Es lo que se rumorea por ahí. —Patty se enderezó—. No garantizo que sea cierto o no, pero ¿quién colgó a Manny?

—Algún ajuste de cuentas, mujer.

—¡Hum! —Patty acentuó sus labios en un gesto de duda—. Los ajustes de cuentas no se hacen de esa forma, tú.

—Si, quizá tengas razón. ¿Puedo pedirte un favor, Patty?

Claro, hombre.

Baxter vio un trozo de papel sobre una mesa y escribió un número.

—Llámame, si averiguas algo más sobre el asunto solicitó.

Junto al papel, dejó cinco billetes de a diez. —Y gracias —añadió.

— ¡Oh, te marchas! —exclamó Patty. -Claro.

—Pensé que querrías quedarte... —Otro día, guapa.

—Como. gustes. —Patty suspiró -largamente—. Soy mujer que agradece los favores que se le hacen. —Sí, me lo imagino.

Baxter abandono el apartamento. No había ganado gran cosa, salvo conseguir un nombre, seguramente relacionado con el asunto.

¿Quién era Hoot Wallace?

CAPITULO IV

—Lo siento —dijo Denis Gray, dos días más tarde—. No tenemos nada acerca de ese Hoot Wallace, Ni siquiera figura en la guía telefónica.

Baxter ocultó su decepción tras una sonrisa.

—Buscaré por mi cuenta —manifestó.

Gray le miró con severidad.

—¿Otra vez embarcado en un caso? —preguntó. —Algo hay que hacer, ¿no?

—Claro, claro..., sobre todo, cuando puedes vivir sin hacer nada... Pero no te enojes conmigo, Budd.

—No me enojo, Denis —sonrió el joven, que conocía bien el carácter aparentemente áspero, pero radicalmente sincero, de Gray, el hombre que dirigía la agencia que él había creado años atrás y le libraba de todas las preocupaciones al respecto—. Tú recordarás que el día en que aquella pobre chica fue atacada por un rufián, yo lo dejé inconsciente con una llave de judo...

—Lo sé, lo sé, defensor de doncellas desvalidas... Claro que si aquella prójima es una doncella, yo soy lama tibetano —dijo Gray, riendo desaforadamente—. Pero al tipo lo colgaron de los garrotes de una ventana.

—Sí, y ése no es un método muy corriente de ajustar cuentas. ¡Oh!; claro que podría tratarse de la acción de una banda rival, pero lo dudo mucho. Esta clase de negocios se efectúan, siempre, con un máximo de discreción, con la víctima en el fondo de un río y metida en un barril de cemento. En este caso, parece como si hubiesen querido dejar un aviso.

—¿Un aviso? —se extrañó Gray.

—Para otros que se encontraban en las mismas condiciones que Manny Earle. O, mejor dicho, que ejercían su misma profesión; tú ya me entiendes.

—Sí, desde luego. Pero ¿quién puede estar interesado en dejar semejante clase de avisos?

—¿Quién ha sido víctima de la explotación y de las sevicias de Manny Earle y de tipos de su calaña?

—¡Budd! Estás desvariando. Eso no lo ha hecho una mujer...

—Una, no, varias, unidas, y perdona la frase tópica, en el afán de venganza.

—Sí, claro, la unión hace la fuerza.

—No seas mordaz, Denis; era sólo una hipótesis. Puede que me equivoque, claro...

—*Errare humanum est* —dijo Gray, socarrón.

—¿Te ha picado el virus de la ironía? Denis, tú no viste la cara

de esa pobre chica. Tan sólo por eso, Manny se merecía todas las penas del infierno.

—Ahora se las está aplicando Satanás. Por cierto, he recibido una nota de la clínica Longhurst, solicitándome un anticipo a cuenta de los gastos...

—Envía el anticipo, Denis, con cargo a mi cuenta privada.

Gray miró fijamente a su interlocutor, a través del circuito cerrado de televisión usado corrientemente entre ambos.

—No tienes remedio —suspiró,

—De cuando en cuando, siempre es conveniente hacer una buena obra.

— Cuando salgas a la calle, busca a una ancianita para pasarla a la otra acera. O dale limosna a un pobre...

— ¡Adiós, Denis! —se despidió el joven con una sonrisa.

Avanzó unos pasos. De pronto, alguien le atacó por detrás.

Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, se sintió dando vueltas por el aire. Sin embargo, pudo amortiguar la violencia de la caída, aunque no logró impedir quedar debajo de su atacante, quien, con una hábil llave, le puso el brazo derecho a la espalda. Baxter palmeó el suelo con la mano izquierda, en señal de rendición, y Tim Koye soltó su presa y se puso en pie.

—El señor hará bien en no abstraerse demasiado en sus preocupaciones —dijo el criado, a la vez que ejecutaba una profunda reverencia.

Baxter se inclinó, también.

—Me has dado una buena lección —contestó—. Por ello, te lo agradezco muy sinceramente.

—La mente mueve el cuerpo, pero éste debe estar siempre prevenido, señor.

—Tomaré buena nota del consejo.

Koye era un experto en ¡as artes marciales orientales y, en ocasiones, simulaba un ataque a su amo. Raras veces le sorprendía, pero la conversación que Baxter acababa de sostener con Denis Gray le había abstraído hasta el punto de olvidarse del lugar en que se encontraba.

De haber sucedido en otro lugar y tratarse de un ataque no simulado, su situación podría haberse tornado crítica. Baxter decidió aceptar la lección humildemente, porque era justa.

De repente sonó el teléfono. Koye giró en redondo, se acercó a la mesita y levantó el aparato. Escuchó unos instantes y luego alargó el teléfono al joven.

—Para usted, señor.

Baxter alzó las cejas, sorprendido. Una voz femenina, muy dulce, sonó en sus oídos instantes después:

—Budd, querido, ¿estás muerto?

—Afortunadamente, me encuentro de lo más vivo... aunque padeciendo un fenomenal ataque de amnesia, poique no logro reconocer tu voz.

—Ese ataque de amnesia dura ya meses..., desde el día en que te atacó un despreciable sujeto, que acababa de herir a una mujer.

—¡Theda! —exclamó él—. ;Theda Crawford! ¿De dónde sales?

— He estado en Europa, turismo, ya sabes.. , pero regresé hace algunas semanas.

—Podías haber avisado, mujer. , —¿No crees que yo debería decir también ¡o mismo, sólo que a la inversa?

—Te ofrezco mis excusas y solicito humildemente que me permitas invitarte a cenar cuando lo desees.

Baxter oyó una alegre carcajada.

—Así me gusta —contestó ella—. ¿Mañana?

—De acuerdo, hermosa.

El teléfono volvió a su sitio.

—Voy a salir, Tim —anunció Baxter.

—La ropa está ya preparada, señor —dijo Koye.

* * *

Baxter tenía un conocido que era un pozo de información, al cual solía recurrir en determinadas ocasiones. Lew Crook, alias El Topo, debido a su cara alargada y a sus ojos permanentemente entrecerrados, miró con curiosidad los cinco billetes de a diez dólares que le alargaba el hombre que estaba sentado a su lado, en un taburete y junto al mostrador.

—¿Quién? —preguntó Crook.

—Hoot Wallace. Tiene algo que ver con Benton *Bentie* Powell y, supongo, también con Manny Earle.

—En el infierno hubo una gran fiesta —sonrió El Topo.

—Sí, me lo imagino.

—Me suena el nombre de Wallace, pero, de momento, eso es lo que puedo decirle.

Llámame por teléfono en cuanto obtengas más datos, Lew.

—Descuide...

El Topo se interrumpió repentinamente, con los ojos rijos en ¡a entrada de ¡a taberna donde tenía lugar la conversación. Baxter le miró un instante y luego volvió la cabeza.

Dos sujetos acababan de entrar, tan parecidos, que hubiérase dicho que eran gemelos, a no ser por ciertas diferencias faciales, que

evidenciaban el error que se cometía a primera vista. Las semejanzas estribaban *en* la corpulencia y ¡a indumentaria. Cada uno de los dos medía casi un metro y noventa centímetros, muy anchos de hombros y con manos de boxeador, ambos. Los traje eran oscuros, aunque las corbatas eran de distintos dibujos.

—¿Quiénes son? —preguntó Baxter—. ¿Los conoces?

Crook se apeó del taburete, en el acto.

—Slim Ward y Jake Jenkins —contestó rápidamente.

El Topo huyó. Baxter comprendió que su confidente sentía un respetuoso temor hacia los recién llegados. Y las razones de su actitud se le hicieron aún más claras, cuando Ward y Jenkins se acercaron al lugar en que se hallaba.

—Está metiendo las narices donde no debe —dijo Jenkins.

—Nosotros tenemos una receta que cura la curiosidad, en el acto —añadió el otro, juntando las manos para hacer crujir los nudillos ominosamente.

Baxter se puso serio.

—No sé de qué me hablan —contestó, a la vez que se apeaba del taburete.

El espacio era un tanto reducido para pelear con aquellos dos sujetos sin otras armas que sus manos desnudas. Estaba seguro de derrotarlos, pero quería defenderse sin agobios. Cuando llegó al bar, había visto a un hombre sentado ante una mesa, con un bastón en la mano. Indudablemente, aquel sujeto tenía algún defecto en una pierna, aunque no le había visto moverse todavía.

Pero el bastón era recio y tenía contera de hierro. Baxter retrocedió unos pasos, mientras los dos hampones se le acercaban en silencio. El joven se preguntó cuántas palizas habían propinado aquellos dos sujetos, cuántos brazos habrían roto, cuántos cráneos habrían descalabrado…

En vista de su retirada, Ward y Jenkins maniobraron para cercarle. Pero, de súbito, Baxter dio un salto lateral y, antes de que su dueño pudiera evitarlo, consiguió hacerse con el bastón.

Jenkins se le arrojaba sobre él en aquel instante. Baxter volvió a saltar, esta vez hacia atrás, a fin de tener espacio. Una fracción de segundo más tarde, se tiraba a fondo con el bastón, utilizándolo como si fuese una espada.

Se oyó un agónico gemido. Jenkins se curvó hacia adelante, con las manos en el repentinamente dolorido estómago. Con el rabillo del ojo, Baxter divisó el movimiento de Ward, que se lanzaba al ataque.

Giró un cuarto de vuelta a la derecha. Ahora, decidió, usaría el bastón, como si fuese la *katana;* el sable de los samurais nipones. De repente, Ward creyó encontrarse ante un hombre que tenía una docena de bastones.

La improvisada *katana* se movió velocísimamente. Cada uno de sus movimientos era un golpe que arrancaba un grito de dolor a Ward. Los golpes caían ininterrumpidamente en todas las regiones de su cuerpo: la cara, la frente, el cuello, la parte alta de los brazos, los muslos... Todos cuantos se hallaban presentes en el local, Crook el primero de todos, estaban con la boca abierta.

Sollozando de dolor y de rabia impotente, Ward se arrodilló en el suelo. Jenkins, rehecho, tornaba a la carga, pero la contera del bastón golpeó venenosamente su pómulo izquierdo, arrancándole un aullido de dolor. Baxter decidió no darle punto de reposo y manejó el bastón con movimientos imposibles de seguir con la vista, hasta el punto de que Jenkins llegó a creer que había una docena de hombres atacándole con una docena de bastones.

El último golpe llegó a la base de su cuello, privándole de las fuerzas por completo. Dobló las rodillas y quedó encogido en el suelo, gimiendo sordamente. Ward intentaba levantarse, pero Baxter disparó el pie derecho contra su mentón, dejándolo sin sentido instantáneamente.

El combate había finalizado. Baxter devolvió el bastón a su dueño, haciendo una profunda reverencia.

—Le agradezco infinito el préstamo, señor.

El hombre se echó a reír.

—Amigo, ha sido el mejor espectáculo que he visto en los últimos años. —Miró a los dos hampones, que se movían débilmente, aturdidos y llenos de dolores, y emitió una interjección de cólera, para añadir a continuación— : Ya era hora de que alguien les diera una lección a esos hijos de perra.

—¿Los conoce, amigo?

—Conozco mejor al individuo que, seguramente, les ordenó venir aquí. No sé cuáles son las diferencias que les separan, pero, créame, Roy Schiller haría bien en tomar buena nota de lo sucedido.

—¡Ah! Se llama Roy Schiller —dijo Baxter, un tanto decepcionado. Había esperado oír el nombre de Wallace pero la respuesta del sujeto le había hecho ver su error en el acto.

—Sí, y me va a permitir darle un consejo, muchacho. Usted ya les ha dado una buena lección a esos rufianes. No vuelva a tentar la suerte.

Baxter sonreía, al mirar a su interlocutor.

—Dígame, ¿dónde puedo encontrar a Schiller?

—Vaya al Birdie's.

La mano de Baxter hizo un gesto lleno de jovialidad. Cuando Ward y Jenkins empezaban a levantarse, él había desaparecido ya del local.

* * *

Los ojos de Benton Powell estudiaron críticamente el audaz escote de la rubia que bebía pausadamente a su lado. Ella notó la observación de que era objeto y volvió un poco la cabeza.

—¿Le gusta? —pregunté

Powell sonrió maliciosamente.

—Es una perspectiva realmente bonita —dijo.

—¡Psé! No se ve mucho...

—En algún sitio se podrá ver algo más, digo yo. —Claro, pero te costará cincuenta «pavos». ¿Los tienes?

—Los tengo, y si el resto es como lo que veo, merecerá la pena. Una pregunta, guapa

¿Sí?

—¿Cómo te llamas?

—Susan.

—Susan, ¿qué?

Ella soltó una risita.

—Oye, ¿es que si no sabes mi apellido no puedes hacer nada?

Powell se irritó al principio, pero luego rió también de buena gana.

—El apellido no importa. Importa... ¿Quieres saberlo?

—Por supuesto.

—Entonces, vamos.

La rubia recogió su bolso.

—Paga —ordenó.

—¡Eh...! —se desconcertó el rufián.

—Te lo descontaré del importe del... servicio.

—Bueno, bueno —rezongó Powell, a la vez que arrojaba un dólar sobre el mostrador.

—Oye, lo que ha tomado esta chica vale un dólar cincuenta — protestó airadamente la *barmaid.*

—Anótalo en mi cuenta —respondió Powell, por encima del hombro, a la vez que su mano se cerraba posesivamente sobre el brazo de la rubia.

La *barmaid* le insultó procazmente:

—Así te corten los...

Pero Powell ya no le hacía el menor caso.

—Susan, tú eres nueva —dijo.

—En el barrio, sí; para otras cosas, soy tan buena como la mejor.

—Espero que sepas demostrármelo.

—Puedes estar seguro de que, después de lo que pase esta noche, ya no volverás a ir con otra mujer.

Powell rió complacidamente. Sí, ahora vería de qué era capaz

Susan. Luego…, bien, habría otra «jaca» para añadir a la cuadra.

Ya estaban fuera del bar. Susan caminó muy pegada a él, empujándole hacia la pared. De pronto, llegaron a un callejón.

Varias manos surgieron de las tinieblas y tiraron de Powell. El sujeto se sobresaltó.

— ¡Eh!, ¿qué diablos….?

Antes de que pudiera seguir, notó sobre su boca el viscoso contacto de una ancha tira de esparadrapo. Dos manos pasaron un lazo sobre su cabeza y apretaron para ceñirlo a su garganta.

Powell sintió un pánico espantoso. Forcejeó desesperadamente, pero las manos que le sujetaban eran muchas. Una de las mujeres acercó su rostro.

—¿Te acuerdas de Mary Malone? —preguntó—. Le cortaste los pechos con una navaja de afeitar.

—Estoy aquí —dijo la aludida, avanzando un paso.

Powell quiso gritar, pero el esparadrapo se lo impedía. La otra mujer añadió:

—Te hemos juzgado, sentenciado por lo que has hecho, y la sentencia se va a cumplir inmediatamente ¡Adiós, Bentie!

Esta vez, no había cajón, por lo que Powell tuvo que ser izado como si fuese un bulto en un muelle portuario. Media docena de manos tiraron de la cuerda. En sus últimos instantes, Powell, sumido en el horror de su próximo fin, no pudo por menos de recordar la siniestra profecía de Susan: «…ya no volverás a ir con otra mujer.»

Las luces que llegaban de la calle explotaron en un silencioso fogonazo y todo se hizo oscuro para él.

CAPITULO V

La puerta del lavabo estaba abierta. Desde su mesa, Roy Schiller podía ver a Jenkins curándose los golpes de la cara, con una toalla mojada. Delante de él, Ward se friccionaba los bíceps del brazo derecho, todavía doloridos por los golpes del bastón.

—No puedo creer que ese tipo os haya derrotado —dijo Schiller agriamente.

— ¿Cree que me gusta admitirlo? —rezongó Ward—. Parecía un molino de viento... Ni siquiera se podía ver el bastón...

—A veces parecía como si tuviera veinte bastones y golpeara con todos a la *vez* —dijo Jenkins desde el lavabo.

—Es algo que no comprendo —murmuró Schiller—, Ese tipo no es policía, no es tampoco detective privado..., pero está metiendo las narices donde no debe .. ¡Y no quiero que continúe!

—Bueno, usted dijo que le diéramos una tunda, pero no habló de nada de mayor calibre —arguyó Ward.

—Yo tengo quien se ocupará de ese asunto, si es necesario. Y ahora, largo de aquí; tengo que hacer una llamada.

Jenkins y Ward salieron, renqueando, del despacho. AI llegar al pasillo vieron a un hombre que les hacía señas.

— ¡Eh, acérquense, muchachos!; tengo algo que decirles sobre el tipo que les zurró esta tarde.

Los dos matones corrieron en el acto nacía el lugar donde estaba el hombre, en la entrada de un cuarto destinado a almacén de trastos viejos. Baxter les dejó pasar y luego, de un salto, se precipitó fuera y cerró con doble vuelta de llave, que hizo saltar, a continuación, en la palma de su mano.

—No ven más allá de sus narices —dijo desdeñosamente.

Segundos después, abría una puerta. Schiller tenía el teléfono en la mano y movió la otra para indicarle que le dejara solo.

—Siga, siga, no se detenga por mí —dijo Baxter, con acento benevolente.

Schiller se puso rígido. El teléfono volvió muy despacio a la horquilla.

—Adivino quién es usted —murmuró.

—Acierta —sonrió Baxter—. ¿Qué pasa? ¿No le gusto?

—Los hombres no me han gustado nunca, y menos cuando meten su nariz donde no deben —contestó Schiller con acento lleno de hostilidad.

—Tampoco a mí me gustan los tipos capaces de dar ciertas

órdenes, sobre todo, cuando no tienen el valor de ejecutarlas por sí mismo.

—En eso se equivoca. También yo soy capaz de hacer cosas personalmente. Por ejemplo...

La mano derecha de Schiller se introdujo en un cajón, para salir al segundo siguiente, armada con un revólver de cañón corto. Pero antes de que tuviera tiempo de apuntar al visitante, algo voló por les aires con tremenda potencia.

Era la llave del cuarto trastero, que Baxter conservaba en la mano. La llave, proyectada como si fuese un *shuriken,* la estrella de puntas afiladas, golpeó la muñeca de Schiller, quien sintió, en el acto, que se le entumecía el brazo hasta el hombro. Sus dedos perdieron la fuerza, como por arte .de magia, y el revólver cayó inofensivamente sobre la mesa.

Baxter saltó hacia adelante y pegó un manotazo al arma, que voló hasta la pared opuesta. Luego agarró a Schiller por los cabellos y le sacudió la cabeza violentísimamente.

Schiller intentó defenderse Un seco codazo cortó en él toda veleidad de resistencia. Con ojos llenos de lágrimas, suplicó piedad.

—Basta, basta... —gimoteó.

—Quiero saber quién es Hoot Wallace y dónde reside —dijo Baxter, severamente.

Schiller señaló una libreta de tapas negras que tenia sobre la mesa. Baxter se la echó al bolsillo sin más.

—Gracias, ha resultado muy fácil —sonrió.

Supuso que la agenda debía de ser una simple recopilación de direcciones y números telefónicos, sin mayor importancia, o Schiller no habría cedido con tanta facilidad. Una vez la tuvo en su poder, recordó, de pronto, la llave y la recuperó, dirigiéndose hacia la salida, a continuación.

—Roy, no vuelva a molestarme —advirtió.

Salió al pasillo y se dirigió al lugar donde estaban encerrados los dos hampones. Hizo girar la llave en la cerradura y se retiró rápidamente, situándose a continuación ante la puerta del despacho de Schiller.

Ward y Jenkins aparecieron ante sus ojos.

—¡Eh! —les llamó.

Los dos matones corrieron ciegamente hacia él. En el último instante, Baxter abrid la puerta y saltó a un lado. Ward y Jenkins no pudieron refrenar su impulso Schiller se acercaba en aquel momento, intrigado por la ausencia de sus secuaces, y resultó atropellado por la alocada embestida de los dos sujetos. Baxter se asomó, un instante, y vio a tres hombres caídos en el suelo, en un confuso revoltijo del que se agitaban brazos y piernas con frenéticos movimientos. Lanzó una

alegre carcajada cerró de nuevo y se encaminó en busca de la salida.

Aquella noche, en su casa, se dedicó a examinar la agenda de Schiller.

Había, en efecto, muchos nombres y direcciones, lo cual parecía lógico en un individuo como el dueño del Birdie's. Pero uno de aquellos nombres llamó extraordinariamente su atención.

¿Qué relación unía a Theda Crawford con Ray Schiller?

* * *

Koye le sirvió el desayuno a la mañana siguiente, junto con el periódico.

—Las investigaciones del señor no progresan —dijo.

—El hombre no siempre puede correr como quisiera, Tim. Muchas veces, debe acomodar su paso al de los demás.

—Algunos no pueden ya ni correr, señor.

Baxter alzó la mirada hacia su criado. Koye, impasible, le puso delante el periódico, en el que podían leerse los gruesos titulares de una noticia.

Se quedó sin aliento, en el acto.

—Powell, ahorcado —murmuró.

—Así es, señor, y de la misma forma que Earle —contestó Koye.

Baxter se olvidó del café, en el acto, para concentrarse en la lectura de la noticia, que era casi un calco de otra publicada pocos días antes.

—Esto ya es algo muy serio —dijo a media voz.

Y la hipótesis de que se trataba de una venganza y no un ajuste de cuentas, se introdujo en su mente y se agarró a ella con gran fuerza.

Desayunó en silencio. Cuando terminó, empezó a pensar en Diana Culpepper.

Aquella chica sabía algo, seguro, se dijo. Convendría hablar con ella nuevamente.

—El señor va a salir, supongo —dijo Koye de pronto, interrumpiendo sus meditaciones.

—Sí, aunque primero quiero hacer un par de llamadas.

Las llamadas no dieron ningún resultado positivo. Baxter se dijo si resultaría conveniente visitar a Wallace.

Estaría avisado por Schiller. Lo mejor era, decidió finalmente, entrevistarse con Patty Logan.

Y a la noche, Theda le contaría algo sobre sus relaciones con el dueño del Birdie's.

Patty le recibió vestida con una bata, el pelo revuelto y los ojos cargados de sueño.

—¿Tienes prisa? —preguntó, tras un monumental bostezo.

Por toda respuesta, Baxter desplegó el diario en que traía la noticia del ahorcamiento de Powell. Patty abandonó en el acto su actitud somnolienta.

—Le han dado su merecido —murmuró.

—¿Lo crees así?

—Sí. Perdona, voy a hacer un poco de café.

Ella giró sobre sus talones y se encaminó a la cocina. Puso la cafetera al fuego, arrojó un par de puñados de café molido sobre el agua y se encaminó al cuarto de baño.

Baxter vigiló el café. Cuando hirvió el agua, sacó la cafetera y llenó una taza. Con ella en la mano, y dos terrones de azúcar en la otra, se dirigió al cuarto de baño.

Patty estaba en la bañera, envuelta en espuma.

—Lo hago siempre, al levantarme —dijo.

—Me gustan las chicas amantes de la higiene. He traído dos terrones de azúcar...

Échalos, por favor.

Baxter removió el azúcar con la cucharilla y luego pasó taza y plato a la bañista.

—Tú buscas algo —dijo Patty, después de tomar un par de sorbos.

—Información.

—Hasta ahora, sólo sé lo que dice el periódico.

—El otro día mencionaste una organización de mujeres...

—Lo recuerdo perfectamente. Créeme, no he oído nada más hasta ahora.

Baxter guardó silencio un instante.

¿Era sincera Patty?, dudó.

Lo mejor era, decidió, creer en su sinceridad. O aparentar que creía en sus respuestas.

—No dejes de llamarme en cuanto puedas —sonrió.

—Seguro. ¡Ah, una cosa!

—Dime.

—Me alegro de que hayan colgado a Bentie

No serás la única, supongo.

—Hay muchas, en efecto.

—¿Puedes darme algún nombre?

Patty vaciló un instante. Luego dijo:

—Anota, por favor.

—

Baxter saco su agenda y escribió unos cuantos nombres femeninos, de los que sólo en dos pudo conocer, también, los domicilios Al finalizar, guardó la libreta en el bolsillo.

—¡Adiós, Patty!

—Vuelve pronto, pero no tan temprano; ¡diablos! —rió la chica.

Baxter consultó el reloj. Era ya mediodía. Sí, para una mujer como Patty, un ave nocturna, las doce era una hora demasiado temprana.

* * *

La cantante terminó su número y el público congregado en la sala aplaudió sin demasiado entusiasmo. Baxter se volvió, entonces, hacia su hermosa acompañante.

—Vulgar —calificó, aludiendo a la artista.

—Hombre, está empezando... —rió Theda Crawford.

— Cuando una cantante es buena, se nota desde el primer momento.

—¿Tienes experiencia en cantantes?

—Un poco de oído y algo de buen gusto musical.

—Modestia aparte.

—Claro. Pero Schiller, seguro, no la contrataría para el Birdie's.

Theda dejó de sonreír en el acto.

—¿Por qué has mencionado ese nombre? —preguntó.

—Tú lo conoces —dijo él.

—¡Claro, no sé por qué habría de negarlo! El Birdie's es mío en un veinticinco por ciento. Y es un negocio muy rentable, créeme.

— ¡Vaya, nunca se .me hubiera ocurrido...!

—De algo tenía que vivir, ¿no crees? —sonrió Theda.

—Por supuesto.

—Pero hay algo que me extraña. ¿Cómo has sabido que yo tengo algo que ver con el Birdie's?

—Schiller y yo estuvimos conversando anoche.

—¡Oh! Yo tampoco sabía que tuvieras alguna relación con él.

—No la tengo. Simplemente, quería que me diese alguna información.

—¿Para qué?

—No te preocupes, no es cosa que te afecte. ¿Pido otra copa?

—Ya he bebido bastante. —Theda sonrió maliciosamente—. Y si te voy a invitar a mi casa, tendré que beber allí.

—No es mala idea.

Baxter pidió la nota. Luego, en el guardarropa, ayudó a la joven a ponerse el abrigo con el cuello de piel. Theda vestía un espectacular

traje de una sola pieza, negro, con la espalda completamente al descubierto; una especie de malla de *ballet,* pero que dejaba los hombros y ¡os brazos al aire. Los zapatos eran de tacón muy alto, lo que la hacía parecer de una estatura superior a la real. Estaba verdaderamente atractiva y las miradas de todos los hombres se volvieron hacia ella, mientras caminaba junto a Baxter hasta la salida,

Media hora más tarde, Theda abrió la puerta de su apartamento. Con gesto displicente, se quitó el abrigo y lo lanzó sobre una silla.

—Voy al tocador un instante —dijo—. Pon algo de beber...

La joven se interrumpió, de repente. Alguien lanzó un penetrante grito, que resonó vibrantemente en los tímpanos de Baxter:

—*Kiai!*

CAPITULO VI

La entrada del apartamento era un tanto curiosa. Primero había un rellano, de unos tres metros de largo, por dos de ancho, protegido del resto de la sala por un biombo de madera perforada en celosía. Seguía a continuación una escalera de tres peldaños y luego estaba la gran plataforma de la sala, ancha y espaciosa. El hombre que gritaba al atacar a Theda, lo había hecho porque la joven había sido la primera en salir al otro lado del biombo.

Baxter se quedó parado por la sorpresa, durante un segundo. Casi con terror, vio al desconocido saltar un par de metros en el aire, a la vez que extendía el pie derecho en una mortífera patada de *Tae-kwondo* o karate volador, dirigida a la garganta de la joven. La puntera del zapato alcanzaría la tráquea y la muerte sobrevendría poco menos que instantáneamente.

Pero, de un modo asombroso, Theda mostró una capacidad de reacción verdaderamente increíble. Cuando el pie del intruso alcanzaba casi su objetivo, ella se dejó caer de espaldas, a la vez que giraba un cuarto de vuelta a su izquierda. Al mismo tiempo, asía con ambas manos el tobillo de su atacante y lo retorcía con un seco movimiento.

El hombre gritó. Theda cayó y se levantó como si sus caderas hubieran chocado con un potente resorte. Mientras, Baxter se dispuso a intervenir, pero muy pronto pudo darse cuenta de que Theda no necesitaba para nada su apoyo en aquellas difíciles circunstancias.

El hombre se levantó, también, y empezó a dar vueltas en torno a Theda, con los brazos dispuestos para iniciar un segundo ataque. Theda, por su quedó en análoga posición, las manos rígidas y tensas, con los ojos fijos en su adversario.

Súbitamente, se oyó el segundo *Kiai.* El intruso amagó un golpe con el filo de la mano izquierda, pero atacó con el pie derecho. Theda movió el brazo izquierdo en semicírculo vertical y el filo de su mano golpeó la pantorrilla del sujeto, haciéndole voltear sobre sí mismo. Antes de que cayera, ella ejecutó un espectacular salto de costado, poniéndose horizontal, y disparando ambos pies, en un fulgurante uno-dos, que alcanzó de lleno la espalda del intruso.

Se oyó un gruñido de dolor. Theda, convertida en un torbellino humano, cayó sobre el sujeto y, agarrándolo por ambas muñecas, le hizo ponerse en pie. Ella cayó de espaldas, tirando de su contrincante, al que las dos patadas sucesivas habían privado de buena parte de su capacidad de reacción, y al tenerlo sobre sí, metió ambos pies y volvió a dispararlos, ahora hacia arriba, lanzando al sujeto con un fenomenal volteo, que lo arrojó al suelo, ya desprovisto de toda su energía.

Theda. en cambio, parecía completamente fresca. De nuevo se levantó con singular agilidad y cayó sobre el sujeto, atenazándolo por el cuello con la mano izquierda. Los dedos índice y medio de su mano derecha se apoyaron sobre dos ojos llenos de terror.

—Te envía Schiller, supongo —dijo ella.

Sí...

Theda había quedado a horcajadas sobre el individuo. De pronto, movió ambas manos y le asestó dos enormes bofetadas, que resonaron como trallazos.

—Esta es mi respuesta —manifestó—. Y dile que no, y él ya entenderá.

La joven se puso en pie. El intruso se levantó torpemente. Sangraba un poco del labio superior.

—¡Vete! —ordenó.

El hombre se alejó, tambaleándose, y pasó por delante de Baxter sin verle siquiera. Cuando la puerta se hubo cerrado. Baxter aplaudió con fuerza.

—¡Bravo, bravo...!

Theda le miró sonriendo levemente. Su pecho subía y bajaba con rápidos espasmos.

—Debo de tener unos pelos horribles —dijo—. Volveré en seguida, Budd.

—Claro, preciosa. No te apresures por mí.

* * *

Cuando Theda regresó a la sala, vestía una bata larga y tenía el cabello suelto. En su cara ya no quedaba rastro de maquillaje, lo que la hacía quizá más atractiva. Aceptó la copa que le tendía Baxter, tomó un sorbo y luego se sentó en el rincón de un enorme diván.

—Ven a mi lado —invitó—. Estoy segura de que todavía no has salido de tu asombro

—Pues, la verdad es que todavía me siento pasmado. Nunca me imaginé que fueses capaz de defenderte como una experta en *Taekwondo.*

—Lo aprendí hace años y sigo entrenándome con frecuencia. Eso es algo que hubiese podido evitarme una cosa muy desagradable si lo hubiera sabido hacer cuando tenía diecinueve años.

—¿Qué te sucedió, Theda?

—Me violaron.

Baxter sorbió un poco de licor. —Lo siento —dijo.

—Conocía al tipo y esperé mi desquite. Un día fui a buscarle. No olvidará, jamás, la visita que le hice.

—¿Cómo te desquitaste de él?

—Primero le di una soberana paliza. Luego...

—¿Luego...?

Los ojos de Theda fulguraron violentamente.

—Yo no había sido la primera, ni fui la última, hasta el día en que le hice aquella visita. Ya no ha vuelto a violar a ninguna otra mujer.

Baxter silbó.

—Eres terrible, Theda.

—Era un maníaco sexual. Eso le curó para siempre — dijo ella, fríamente.

—Desde luego, fue una cura radical. Pero te he oído hablar de Schiller...

—¡Ah, sí! Quiere comprarme mi parte, pero ofrece muy poco.

Y trata de presionarte con mensajeros especiales.

—Ya lo has visto. Pretende que le venda por sesenta mil... —Theda hizo una mueca de desprecio—. Vender por sesenta lo que vale, mirando por lo bajo, cuatro o cinco veces más. No estoy loca, créeme.

—Todo lo contrario, eres una mujer perfectamente sensata.

—He aprendido a defenderme de los hombres. Por dos veces he resultado cruelmente maltratada. Decidí que no volvería a sucederme más.

—¿Qué te pasó la segunda vez?

Theda se puso repentinamente en pie y se abrió la bata, bajo la cual sólo llevaba un minúsculo pedacito de tela triangular de color rojo. Un poco más arriba, Baxter vio cuatro o cinco cicatrices de color cárdeno, de unos veinticinco centímetros de largo, por uno de ancho.

Baxter tragó saliva.

—¿Qué fue? —preguntó.

—Un hierro al rojo vivo. Me sorprendieron, y entonces aún no tenía yo demasiada práctica en las artes marciales.

—Te quemaron, ¿por qué?

—¿Recuerdas la chica a la que le rajaron la cara? —Sí.

—Yo estuve a punto de verme en sus mismas condiciones. Después de mi primera experiencia, ya te la he contado, alguien pensó que una mujer en mi situación podía aplicarse a ejercer de prostituta. Me prometieron muchas cosas para deslumbrarme, pero me negué. Entonces, un día, aquel hombre envió a dos de sus esbirros y me marcaron el vientre como a una res

—Luego dejaron de molestarte.

—Sí, pero cuando me curé, proseguí los entrenamientos y llegó el día de mi venganza y visité a aquel sujeto. —Theda inspiró profundamente—. Y ya no fue más hombre.

Baxter apuró su copa y se puso en pie.

—Lamento haber traído a tu memoria amargos recuerdos —dijo.

Ella se incorporó también.

—¿Te marchas?

—Es un poco tarde

—No te he pedido que te fueras, Budd.

—Me quedaría, pero...

—Ahora te pido que te quedes —dijo cálidamente.

—Por favor...

—El trauma de la violación desapareció hace tiempo Por lo que hizo uno, no voy a odiar a todos los hombres. Alguno queda..., simpático y atractivo.

—Yo, por ejemplo —sonrió Baxter.

—Tú —confirmó ella, a la vez que abría la bata nuevamente.

* * *

El teléfono sonó cuando Baxter se disponía a salir de su casa al día siguiente, a primera hora de la tarde. Koye se apresuró a levantar el auricular, pero Baxter se le anticipó.

—Soy Crook —dijo el hombre que llamaba.

— ¡Hola, Lew! ¿Tienes algo interesante para mí?

—Sí. Se llama Betty Howard. Anote su domicilio...

Baxter escribió unas cuantas palabras.

—Ya está, Lew. ¿Qué más?

—Eso es todo... ¡Ah, oiga; vaya espectáculo que dio el otro día! Nadie se explica todavía cómo consiguió derrotar a aquellos dos mastodontes.

—No resultó difícil, Lew. Está bien, gracias por la información.

—Le llamaré si consigo más noticias.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla.

—No me esperes levantado, Tim —dijo.

—Bien, señor.

Al salir de su casa, Baxter tomó cierta dirección, que le llevó una hora más tarde a la clínica en donde se hallaba Diana Culpepper. Habló unos momentos con la encargada de recepción y averiguó que Diana había sido operada aquella misma mañana y que no se permitían visitas, todavía. Baxter dejó encargado que le enviasen flores y volvió de nuevo a su coche.

Hora y media más tarde llamaba a la puerta de una lujosa residencia, situada en el centro de un frondoso jardín. La puerta se hallaba protegida por una vasta marquesina, sostenida por cuatro columnas dóricas. Era, realmente, una fastuosa mansión, cuya apariencia indicaba que su dueño no era precisamente un mendigo. La puerta era más grande de lo habitual, con cuarterones tallados

artísticamente y adornados en el centro con unos enormes clavos dorados, fundidos en forma de cabeza de león.

Uno de los batientes de la puerta se abrió. El atildado mayordomo que apareció a continuación, miró a Baxter con el mismo disgusto que si se hubiese tratado de un insecto despreciable.

—¿Sí? —dijo con voz apenas audible.

—Por favor, pase esta tarjeta al señor Wallace — rogó Baxter.

— El señor Wallace no desea recibir visitas —contestó el mayordomo, heladamente. Y cerró la puerta.

Baxter no se inmutó. Sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios y, después de encenderlo, se sentó ante la puerta, con la espalda apoyada en una de las anchas jambas.

Treinta minutos más tarde, cuando ya anochecía, se abrió la puerta. Un hombre salió rápidamente, pero tropezó con las piernas del joven y cayó todo lo largo que era en el rellano que había ante la entrada.

Se oyó una gruesa maldición. El mayordomo, al ver caer a su amo, intentó correr para ayudarle, pero tropezó igualmente con el mismo obstáculo. Wallace intentaba levantarse en aquel momento y recibió el impacto del cuerpo de su mayordomo. Los dos hombres rodaron sobre las losas de la entrada, profiriendo dicterios de todas clases contra el autor de la fechoría.

Mientras, Baxter se había puesto en pie y pasado al otro lado de la puerta, que cerró de inmediato. Se agachó, soltó el pasador de la segunda hoja, luego se irguió, hizo lo mismo con el superior y asió los dos tiradores con ambas manos.

En el mismo instante, oyó una especie de rugido a sus espaldas.

CAPITULO VII

Baxter se volvió velozmente. Durante una fracción de segundo, contempló al gigante que se abalanzaba contra él, mugiendo como un búfalo. Divisó una enorme cabezota pelada, unos rasgos de hombre primitivo, unas manos como palas y un tórax del tamaño de una barrica, pero no se entretuvo en captar más detalles, porque, girando de nuevo, abrió bruscamente las dos hojas de la puerta, para saltar instantáneamente a un lado.

Dos hombres se precipitaron furiosamente hacia la puerta. El gigante chocó con ellos, lanzándolos fuera como simples monigotes. A su vez, el enorme individuo perdió su equilibrio, y tras descender los escalones a toda velocidad, acabó por caer al suelo aparatosamente.

Baxter quedó en el umbral, con la sonrisa en los labios. Wallace emitió un colérico aullido:

— ¡Pégale, Kuddo!

—Así que se llama Kuddo —murmuró Baxter, mientras veía al gigantesco guardaespaldas ponerse en pie y lanzarse de nuevo a la carga. Cuando Kuddo alcanzaba ya la puerta, él cerró los dos batientes de golpe.

Se oyó un tremendo choque. Las hojas de la puerta, pese a su solidez amenazaron con saltar de sus goznes. Baxter abrió una vez más y, satisfecho, vio a Kuddo arrodillado, con las manos sobre la cara y, al parecer, desinteresado de cuanto ocurría a su alrededor.

La furia de Wallace pareció amainar.

—Pero, bueno, vamos a ver, ¿qué diablos quiere usted, señor Baxter?

El joven movió una mano invitadoramente.

—Está usted en su casa, señor Wallace. Pase, por favor.

Hubo un instante de silencio. El mayordomo, ya repuesto, metió una mano en e¡ interior de su chaqueta. Wallace hizo un gesto.

—Quieto —ordenó—. Y tú, Kuddo, no hagas nada, pero mantente cerca de mi despacho. Sígame, señor Baxter.

— ¡Ah, conoce mi nombre...!

—Me entregaron su tarjeta.

—¡Oh, sí, ya no me acordaba.... —Baxter lanzó una risita—. Qué cabeza la mía... aunque es menos dura que la de Kuddo, por supuesto.

En la puerta se oyó un rugido de cólera. Baxter se volvió y sacó la lengua en son de burla. Kuddo mencionó a los antepasados del visitante, pero éste ya no le escuchaba.

Wallace entró en su despacho, una lujosa habitación, que parecía, más bien, el gabinete de trabajo de un prominente financiero. Situóse detrás de su mesa .y movió una mano.

—Despache, pronto; no tengo mucho tiempo —dijo, malhumoradamente.

—Número uno: Manny Earle.

—No sé quién es. Siga.

—Número dos: Benton Powell.

—Mi ignorancia es total, señor Baxter. ¿Sólo ha venido aquí para mencionarme los dos nombres de dos sujetos que me resultan absolutamente desconocidos?

Impasible, Baxter dijo:

—Número tres: Roy Schiller. ¡Ah!; y para evitar objeciones, mencionaré otros dos nombres: Jake Jenkins y Slim Ward.

—Conozco a Schiller, pero no a los otros. Schiller es mi gerente en el Birdie's.

—¿Es ésa la única relación que los une?

—¿Es que debe haber otra clase de relación? —dijo Wallace, burlonamente.

—Tal vez, usted lo sabrá mejor que yo, Pero antes ha dicho que no conocía a Powell. El sí le conocía a usted. Alguien oyó su nombre pronunciado por Powell.

Wallace se encogió de hombros.

—Piense como guate —respondió—. Además, ¿Por qué diablos he de estar soportando sus preguntas, cuando no tiene derecho a ello?

—Es usted muy escurridizo, señor Wallace. Volveremos a vernos.

—Lo dudo mucho. La próxima vez, estaré prevenido. Y Kuddo también, puede imaginárselo.

—Es lógico. ¡Adiós!

Baxter se fijó en la mano derecha de Baxter, situada bajo el borde de la mesa. La tensión de los músculos dé su brazo le dijo que Wallace hacía una llamada discreta, anunciando su salida.

—Volveremos a vernos —prometió.

Echó a andar hacia la puerta y la abrió, simulando cruzar el umbral, pero retirándose instantáneamente, justo cuando un puño, que parecía un saco de patatas, caía sobre el lugar en que había estado su cabeza una fracción de segundo antes. Fallado el golpe, Kuddo se tambaleó.

Baxter disparó su mano derecha, recta, rígida, hacia el lado izquierdo del cuello de Kuddo, quien saltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica Cayó al suelo *y* quedó encogido sobre sí mismo, quejándose sordamente, perdidas las fuerzas por aquel golpe que había afectado a su sistema nervioso.

Desde la puerta, Baxter se volvió y miró sonriendo al dueño de la casa.

— Debe usted contratar otro guardaespaldas más efectivo —dijo, con jovial acento.

El mayordomo le miró torvamente, cuando salía.

—No vuelva por aquí —le despidió, con voz ronca.

—Si vuelvo, no será por gusto precisamente —con testó Baxter, con todo desparpajo—. Esta casa es una pocilga, de lujo, pero pocilga al fin y al cabo.

* * *

Fatso Maledon entró en el bar y se dirigió al mostrador. Parecía contento y satisfecho de la vida al reunirse con Joey Darrow, a quien dio una fuerte palmada en el hombro para expresar su buen humor.

—¡Hola, Joey! —saludó—, ¿Cómo tienes «eso»? ¿No ha interferido para tus actividades amatorias?

Darrow contestó con una obscenidad. Maledon se burlaba del rodillazo que, días atrás, recibiera el otro en la entrepierna.

—Cuando vea a esa condenada Betty Hall, le voy a...

—No prometas nada; será mejor que actúes primero y lo cuentes luego. ¡Eh, tú, gorda; pon dos de lo bueno!

—No me llames gorda —dijo.

—Gorda, ballena, hipopótamo... —se mofó Maledon—. Anda, apártate de mi vista; hiedes a establo.

Soltó una carcajada, llenó los dos vasos, tomó el suyo, lo levantó y dijo:

—Anda, alegra esa cara, Joey; esto no es un velatorio.

El dueño del bar agitó la mano, de pronto.

—¡Eh, Fatso, han dejado una carta para ti!

Maledon volvió la vista.

—¿Una carta?

—Será de alguna admiradora —dijo el dueño irónicamente, a la vez que le entregaba la misiva.

Intrigado, Maledon rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla, que desdobló rápidamente. Unos segundos más tarde, su cara se tornaba del color de la ceniza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Darrow.

Maledon soltó una blasfemia. Dudó unos segundos y, al fin, tras doblar la cuartilla, la metió en el bolsillo izquierdo de su ostentosa chaqueta.

—Ya me imagino quién me ha escrito la carta —dijo, a la vez que cogía la botella para llenar nuevamente el vaso.

—¿Lo conozco? —preguntó Darrow.

—No —respondió el otro, secamente.

De pronto, recibió un ligero empujón y parte del vaso se derramó sobre el mostrador. Maledon se volvió de malísimo humor. Lew Crook sonrió amistosamente.

—Perdona, Fatso —dijo—. Tropecé al bajarme del taburete... —Puso dos billetes sobre el mostrador—. Acepta un trago por mi cuenta —rogó.

Maledon le dirigió una colérica mirada, pero acabó por olvidar el incidente, preocupado por algo de mucha mayor gravedad. Después de unos buenos tragos, volvió a recobrar su buen humor.

—A mí no me harán eso —dijo—. Mira, ahí viene Betty Hall, ¿Necesitas ayuda?

—No.

Darrow se apeó inmediatamente del mostrador. Esta vez, se dijo, Betty iba a saber con quién se la jugaba. «Asquerosa lesbiana», pensó, a la vez que se acercaba a la mujer.

—Tenemos que hablar, Betty —dijo.

— ¡Lárgate, cabrón! —contestó la otra, brutalmente.

—Tienes ganas de que te rajen la cara, ¿eh? —Darrow sacó ostentosamente una navaja automática y empezó a limpiarse las uñas —. ¿Dónde está Sue?

Betty le miró burlonamente.

—¿Crees que me asustas con tu pose de matón de película? —dijo.

La mano derecha de Darrow se movió velozmente, pero Betty había previsto el gesto y puso el bolso sobre su mejilla izquierda. El filo rasgó el cuero. Darrow se desconcertó. Betty usó esta vez el zapato, de puntera más bien aguda. Darrow se desplomó, chillando como un cerdo conducido al matadero.

Maledon meneó la cabeza.

—Pedazo de idiota —masculló—. Nunca aprenderás...

Caído en el suelo, Darrow tenía sus manos en la entrepierna, por segunda vez en el transcurso de pocos días. En torno a él, las risas estallaban ruidosamente.

Mientras, Crook había salido a la calle y estaba utilizando una cabina telefónica.

* * *

> «¿Recuerdas a Sophia Orwell? Arrojaste un frasco de ácido sobre sus pechos y lo pagarás, del mismo modo que Manny Earle y Benton Powell pagaron crímenes semejantes, a menos que te vayas de la ciudad antes de una semana; de lo contrario, no pasarán siete días antes de que mueras colgado por el cuello. Ya no habrás más avisos.»

Baxter leyó la carta un par de veces, profundamente pensativo.

La letra era de caracteres grandes, en mayúsculas, y estaba escrita sobre un papel vulgar. Al cabo de unos segundos, levantó la vista para enfrentarse con su confidente.

—De modo que alguien llevó esta carta para Fatso Maledon —dijo.

—Sí —respondió Crook—. Yo no sabía nada, pero estaba al lado de Maledon y de su amigo, y escuché todo lo que hablaban. Créame, cuando Maledon leyó la carta, se puso lívido.

—Resultaría interesante saber quién fue el mensajero que ¡a llevó al Shaskata's.

—Puedo conseguirlo —aseguró Crook.

Baxter metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes.

—Llámame en cuanto sepas algo. Si no estoy en casa, el teléfono tiene grabadora automática.

—Está bien.

—Otra cosa. ¿Sabes dónde vive la Orwell?

—Sí.

Baxter anotó la dirección y guardó la agenda en el bolsillo de su chaqueta. La llamada del confidente le había pillado en el momento de salir de su casa para hacer una visita que, estimaba, no podía ya posponer.

Antes de llegar al sitio adonde se dirigía, compró un monumental ramo de flores. Una hora más tarde, una bonita enfermera abrió la puerta de una habitación.

—No la fatigue mucho —aconsejó.

Lo tendré en cuenta, señorita.

El rostro de Diana Culpepper estaba completamente cubierto por los vendajes, a excepción de los ojos, nariz y boca. La joven, recostada sobre unos almohadones, tenía un libro en la mano y lo dejó a un lado al reconocer a su visitante.

— ¡Señor Baxter, qué sorpresa...!

— Baxter puso las flores en manos de la convaleciente.

— ¿Cómo va eso, Diana? —preguntó.

—Bien. El doctor Langhurst dice que será necesaria una segunda operación, pero más bien como retoque de posibles imperfecciones. El injerto de piel ha prendido satisfactoriamente, no hay síntomas de rechazo y... ¿Cómo podré agradecerle esto que ha hecho por mí? La factura será elevadísima y yo no dispongo ..

Baxter levantó una mano.

—No se preocupe de la cuestión económica, Diana. ¡Ah! Y llámeme Budd o me creeré un viejo de noventa años.

Ella contuvo la risa.

—Todavía le faltan sesenta por lo menos para llegar a esa cifra

—dijo—. Gracias otra vez, Budd.

—Diana, me gustaría oír su respuesta a una pregunta. Aunque luego quizá le haga más preguntas.

—Le contaré todo lo que sepa —respondió la joven, sencillamente—. ¿De qué se trata?

—Sophia Orwell.

Diana dejó de sonreír.

—Le quemaron los pechos con ácido. Ahora tiene que llevar postizos —informó.

—Seguramente, conocerá a alguna más en sus mismas o parecidas circunstancias.

Diana citó unos cuantos nombres. Baxter los comparó con las anotaciones de su libreta, escribiendo los que no había anotado ya.

—Gracias, Diana. Dígame, ¿qué sabe de Hoot Wallace?

—No le conozco, pero creo que es el jefe de la organización, aunque Schiller es el que da la cara por él. Wallace pasa por ser un hombre honesto, pero, en realidad, es peor que todos ellos juntos.

Baxter sonrió.

—Vendré a verla otro día —se despidió.

Diana se tocó los vendajes con una mano.

—Cuando me quite esta careta, no necesitaré llevar otra puesta —respondió alegremente.

CAPITULO VIII

Sophia Orwell miró recelosamente a su visitante.

—No le conozco, señor Baxter —dijo, después de que el joven se hubiera presentado.

—Yo tampoco, pero conozco a algunas amigas suyas. Diana Culpepper, Patty Logan...

—Sí, gente de la profesión —contestó ella, cáusticamente—. Espero que no será preciso aclarar a qué profesión me refiero.

—Lo sé. También estoy enterado de lo que le hizo un tipo llamado Maledon.

El rostro de Sophia se coloreó vivamente.

—Ese canalla... Vino a mi casa, me sorprendió con un chorro de gas que me dejó sin sentido... Cuando desperté, tenía el pecho abrasado.. Pasé todos los tormentos del infierno..., pero ya no volveré a ser la que era.

—Lo siento infinito —murmuró Baxter. Sophia era una mujer de cara un tanto basta, pero habría parecido mucho más atractiva, de no ser por el rictus de amar gura que alteraba sus facciones casi continuamente. Por otra parte, era comprensible aquella expresión, después de haber visto destruida por el ácido una zona corporal que cualquier mujer joven y hermosa tendría en el mayor aprecio.

—Gracias, pero, dígame, ¿qué es lo que desea?

—Habrá leído los diarios estos días.

— A veces. No es un género de lectura que me entusiasme. Sólo se entera una de desastres y catástrofes, guerras, atentados... Con el humor que me quedó des pues de «aquello», comprenderá que no lo voy a empeorar leyendo la basura que se publica a diario.

—En eso le doy la razón —sonrió Baxter—. Por lo tanto, quizá no esté enterada de las muertes de dos sujetos de la misma calaña que Maledon.

—¿Se refiere a Earle y Powell?

—Antes dijo que no leía los periódicos.

—Dije que los leía en ocasiones —puntualizó ella- . Pero tengo una amiga que sí los lee y me llamó por teléfono. A ella también le pasó algo parecido.

—Por lo visto, hay tipos que consideran muy poco amistoso abandonar cierta organización.

—Están para eso; es su trabajo y les pagan bien.

—Sí, ya me imagino. Señorita Orwell, ¿qué puede decirme, usted, de esas dos muertes?

—Nada.

La respuesta había sido demasiado rápida, casi esperada, pensó Baxter. Pero había en la voz de Sophia un leve toque de inseguridad.

—¿De verdad?
—¿Cree que yo he tomado parte en esos linchamientos?
—¡Mujer...! —exclamó el visitante.
—Por supuesto, no lo lamento. Es más, lo celebro infinito.
—Y le gustaría que a Maledon le hicieran algo parecido.
Sophia frunció el ceño.
—Oiga, ¿qué diablos le interesa usted todo este asunto? —exclamó, abruptamente.
—Le diré una cosa: yo presencié el ataque de Manny Earle a una chica llamada Diana Culpepper. Incluso conseguí dejar sin sentido a Manny, para que lo arrestara la policía, aunque luego le pusieron en libertad bajo fianza.
—De modo que fue usted —dijo ella.
—¡Ah!, ¿lo sabía?
—Oí contar algunos detalles sobre el suceso. Debió haber matado a Manny.
—No soy un asesino y si conseguí que lo detuvieran, ¿para qué buscarme más complicaciones?
—Sí, puede que tenga razón.
—Gracias. Dígame, ¿qué sabe usted de una organización de mujeres que se dedican a vengar ataques como los que ejecutaron Manny y sus compinches?
—Nada.
«Otra vez la misma respuesta, rápida e insincera», pensó Baxter.
—Siento haberla molestado —dijo—. Por cierto, ¿conoce a una tal Mary Malone?
Sophia se sobresaltó.
—Un poco —contestó evasivamente.
Baxter consultó su libreta.
—Reside en los apartamentos Wendover —dijo.
—Creo que sí. Hace tiempo que no la veo.
—Está bien. Disculpe las molestias, señorita Orwell.
—No se preocupe.
Baxter salió en busca del ascensor. Mientras bajaba a la calle, pensó en la conversación sostenida con Sophia Era una mujer dura, escurridiza. Sabía mucho más de lo que había dado a entender.
Y hasta, quizá, había tomado parte en aquellos dos linchamientos.
¿Podría reprochárseles a unas mujeres, heridas en lo más íntimo y no sólo en lo moral, sino también en lo físico, en lo más atractivo para la profesión que ejercían, que hubiesen decidido tomarse Venganza de sus verdugos?
Había otra duda que también bullía en su mente.
¿Aceptaría Maledon el ultimátum que le habían dado o se

quedaría en la ciudad, desafiando el posible riesgo de morir colgado?

Quizá conviniera hablar con él, decidió, mientras regresaba a su casa, ansioso de tomarse unas horas de descanso.

* * *

El Topo le llamó al día siguiente:

—Vaya a hablar con el dueño del Shaskata's. Ya está advertido —aconsejó.

—Muy bien, gracias, Lew. ¿Cómo se llama?

—Eddie Cox. El también está intrigado; no es frecuente que los tipos como Maledon encarguen que se les deje su correspondencia en el bar.

—Entendido.

A las siete de la tarde, Baxter estaba sentado ante el mostrador. La camarera de ojos vacunos le atendió con gran amabilidad.

—Dígale a Eddie que deseo verle —solicitó, a la vez que ponía cinco dólares en la mano de la mujer.

Cox vino a los pocos momentos.

—¡Hola! Usted es el amigo de Lew —saludó

—Me llamo Baxter. ¿Qué tal, Eddie?

Los dos hombres se estrecharon la mano. Baxter dijo que le invitaba a una copa y Cox aceptó de buena gana.

—Supongo que es detective privado —dijo Cox, después del primer tragó.

—Algo por el estilo, pero puede estar seguro de una cosa: soy absolutamente discreto.

—Sí, me lo imagino. Oiga, no es que me haga demasiada gracia..., pero los tipos como Maledon me revientan. Claro que el negocio, usted ya me entiende, ¿verdad? Debo soportarlos y...

—Claro, Eddie.

—Bueno, fue una mujer la que trajo esa carta. Yo no la había visto antes, nunca, en mi local, pero aquí vienen fulanos de todo pelaje .. Lo que me extrañó es que no se quedara a buscar clientela. Sólo dijo que deseaba dejar una carta para Maledon, me dio cinco «pavos» de propina y se marchó, eso es todo.

—Me interesa su descripción, Eddie.

—Sí. Tenía un tipo estupendo y, desde luego, no parecía una trotacalles. Pero eso no se puede decir nunca de una mujer; hasta la que parece más honesta, resulta que no para en todo el día de acostarse con los hombres... Lo que sí me fijé es que no sonreía. Parecía como si tuviera la cara de piedra.

—¿De piedra? —se extrañó Baxter.

—Bueno, sólo movía los labios... ¿Ha visto usted esas artistas

que se hacen estirar la piel de la cara y que ya no pueden ni sonreír y que hablan sin mover apenas los labios?

Baxter se acordó instantáneamente de Diana Culpepper pero estaba claro que no podía relacionarla, ni remotamente, con la carta. «¿Otra careta?», se preguntó.

—¿Puede decirme su estatura?

—Llevaba zapatos de tacón muy alto, de modo que cuando se los quite será más bien bajita. Pero tema un tipo muy bonito, fina, distinguida... Salvo por su cara de piedra, todo lo demás resultaba muy atractivo.

—Gracias, Eddie —sonrió Baxter—. ¿Dijo algo más, aparte de encargar que le dieran la carta a Maledon?

—No, señor. Oiga..., ¿qué decía la carta? —pregunto Cox—. Estoy muerto de curiosidad...

—Le proponía una cita —mintió el joven, muy serio—. Si es la que yo me figuro, se trata de una casada muy rica, que engaña a su marido.

—¿Con Maledon? —se asombró el dueño del local.

—Hay tipos con suerte, ¿no?

Cox hizo un movimiento de duda.

—Pudiera ser, pero la fama que tiene Maledon no es precisamente la más apropiada para llevarse a la cama una mujer rica, que tendrá posibilidades de conseguir tipos mil veces mejores que él.

—Las mujeres, ya se sabe, son tan caprichosas, —sonrió Baxter.

—Sí, pero, Maledon... —Cox bajó la voz, de pronto—. ¡Mírelo, ahí llega!

* * *

Maledon vestía con la ostentosidad de costumbre y parecía el dueño del mundo al entrar en el local. Llegó junto al mostrador, se apoyó en él displicente y agitó una mano:

—Sírveme un doble, gorda.

La *barmaid* le miró furiosamente, pero no dijo nada. Baxter dudó un segundo, decidiéndose, finalmente, por interpelar al sujeto.

— ¡Hola, Fatso! , .

Maledon le miró de arriba abajo, con el mismo interés que si se tratase de una mota de polvo.

—No te conozco. Déjame en paz —contestó fríamente.

—¿Piensas quedarte, o abandonarás la ciudad?

Hubo un instante de silencio. Luego, lentamente, Maledon se volvió hacia el joven. Tenía el vaso lleno en la mano, y Baxter se anticipó a una posible acción ofensiva, poniendo la suya sobre la muñeca del rufián.

—No tires el whisky —sonrió—. Sería una lástima desperdiciar una bebida tan excelente.

—¿Quién eres? —preguntó Maledon.

—Llámame Budd, si te parece. El resto del nombre no te diría nada, por ahora. Pero todavía estoy esperando a que resuelvas mis dudas. ¿Te vas o te quedas?

—¿Por qué habría de marcharme?

—¡Oh!, quizá pensabas tomarte unas vacaciones... Debes de estar muy cansado y los aires de la ciudad se han vuelto, repentinamente, malsanos. A Manny y a Bentie les han sentado muy mal.

La cara de Maledon gríseo.

—¿Cómo diablos sabes...? —preguntó en voz baja. De pronto, pareció recordar cierto detalle—. Alguien te dio una carta que era mía —dijo.

Baxter sonreía.

—No me iré, si es eso lo que quieres saber —añadió el hampón —. Y si conoces a alguna de las fulanas que ahorcaron a esos dos amigos míos, diles que estoy bien prevenido.

Maledon se soltó ostentosamente la chaqueta y enseñó la pistola que llevaba en una funda sobaquera.

—Abrasaré viva a la primera que se me acerque —afirmó.

—En tal caso, sospecho que, durante mucho tiempo, no le vas a poder poner la mano encima a ninguna chica Hay cosas para las que la soledad es un mal sustitutivo.

— ¡Oh, vete al diablo y déjame ya en paz de una vez! —contestó Maledon, exasperadamente.

—¿De veras le quemaste los pechos a Sophia Orwell, con ácido?

La *barmaid* de aspecto vacuno pasaba en aquel momento junto al sector de mostrador en que conversaban los dos hombres. Oyó la pregunta y en sus ojos acuosos brilló una inesperada chispa de furia.

Maledon volvió la espalda.

—No sé de qué me estás hablando —contestó—, ¡Eh, tú, ballena con patas, dame otro trago!

—Al momento —contestó la *barmaid.*

Agarró una botella y llenó un vaso alto hasta los bordes. Luego buscó una gran jarra y ¡a llenó de cerveza. A continuación, preparó un colosal batido de crema y chocolate, actuando con aire enteramente profesional. Finalmente, se acercó a Maledon y le echó en la cara todo el contenido del vaso.

Maledon soltó un aullido, mientras se llevaba las manos a los ojos, escocidos por el alcohol. La *barmaid* vertió la cerveza sobre su cabeza y concluyó arrojándole sobre la pechera todo el contenido de ¡a copa de batido.

Maledon aullaba de rabia, mientras el público reía atronadoramente, divertido por el insólito espectáculo. Cox, el dueño, sin embargo, no parecía tan entusiasmado.

—Cerdo —silabeó la *barmaid*—. Quemarle los pechos a una mujer con ácido… ¿Es cierto, no? —dijo, mirando a Baxter.

—Es lo que se rumorea por ahí —contestó el interpelado.

Cox trajo un paño y se lo entregó a Maledon.

—Anda, límpiate un poco. Y lárgate, no quiero más jaleos en mi casa —rezongó.

—Volveré —prometió el sujeto, hoscamente—. En cuanto a ti, gorda, prepárate.

Ella le sacó la lengua.

—Atrévete a tocarme y verás lo que es bueno —contestó.

Baxter se dio cuenta de que aquella voluminosa mujer había sabido vencer su temor y que ya no volvería a dejarse avasallar por tipos como el que, abatido, humillado y con su elegante traje hecho una lástima, abandonaba el local entre los silbidos y las burlas de la clientela.

Crook entraba en aquel momento, pero, Maledon, cegado por la ira y con los ojos escocidos todavía por el alcohol, no le vio. Baxter dio una orden a su confidente acompañándola con unos cuantos billetes.

—Fatso no quiere irse de la ciudad —dijo— Vigílale las veinticuatro horas del día y comunícame en el acto cualquier detalle que puedas encontrar interesante.

— Está bien —respondió El Topo.

CAPITULO IX

Pasadas las doce de la noche, la *barmaid* abandonó el Shaskata's. Salió a la calle y caminó con vivo taconeo sobre el asfalto. De pronto, se le acercó un hombre.

Era Maledon y tenía en la mano una navaja.

Ahora vas a ver tú quién...

Ella no le dejó seguir hablando. Alzó la mano derecha y la disparó con todas sus fuerzas, alcanzando de lleno la mejilla izquierda de Maledon, quien, a consecuencia del golpe, dio una vuelta entera sobre sí mismo.

La navaja se escapó de sus dedos y cayó al suelo. La *barmaid,* entusiasmada, repitió la operación. Trastabillando, Maledon retrocedió, chocó contra la pared y cayó al suelo.

La mujer se inclinó, recogió la navaja y se acercó a Maledon.

—He oído muchas cosas de ti y ninguna buena —dijo, acercando la punta del acero a sus labios—. ¿Te gustaría que, ahora, empezase a cortar?

—Por favor —rogó Maledon, terriblemente amedrentado.

—Eres un cerdo —le apostrofó ella. De pronto, movió la navaja y rasgó todo un costado del traje limpio que se había puesto el hampón—. Me la voy a quedar y, si vuelvo a verte en el Shaskata's, te haré picadillo el hígado.

Maledon se sentía estupefacto. Aquella gorda de ojos vacuos, ¿cómo había podido transformarse...?

La *barmaid.* por su parte, se sentía exultante de alegría, porque sabía que había vencido a su miedo. Cerró la navaja y se alejó, moviendo aparatosamente sus pomposas caderas.

Oculto en un lugar discreto, Crook había contemplado la escena riendo silenciosamente. Sí, Polly Shurrell era una mujer de una pieza.

Maledon se levantó poco después, y, desmoralizado, regresó a su casa. Crook le siguió a distancia, hasta tener la seguridad de que no volvería a la calle. Entonces se encaminó hacia un lugar que le parecía, ahora, lleno de atractivos.

Polly abrió la puerta al oír sonar el timbre. Arqueó las cejas al reconocer al inesperado visitante.

—¿Puedo pasar? —consultó Crook.

Ella le miró críticamente.

—Lew, ¿qué mosca te ha picado? —inquirió, con desabrido acento.

—De repente, me he dado cuenta de que eres una mujer con muchos atractivos. Y, descuida, no lo diré a nadie pero he visto lo que le has hecho a Maledon. Se lo tenía bien merecido, créeme.

Polly se esponjó.

—¡Anda, entra, bribón! —invitó, con acogedora sonrisa.

Mucho más tarde, en la oscuridad del dormitorio, mientras fumaba un cigarrillo, Crook sacó a relucir un tema. Al cabo de un rato, Polly dijo:

Me fijé muy bien en la mujer que entregó la carta. Pero no se había hecho la cirugía estética. Lo que llevaba puesto era una careta.

Crook tomó nota de la respuesta. Baxter debía enterarse de aquel importantísimo detalle.

—Es más —añadió la *barmaid* — . Puede que me equivoque, pero juraría que su voz era la de Mary Malone.

Mary Malone figuraba entre los nombres que Baxter había anotado en su agenda. Al recibir el informe al día siguiente, se formuló el propósito de visitar a la aludida.

* * *

Era una joven de aspecto distinguido, de mediana estatura y muy esbelta. Sí, llevaba puesta una máscara, se dijo Baxter, al contemplar el rostro femenino desde muy corta distancia.

—¿Mary Malone?

—Yo misma. ¿Qué desea, señor...?

Baxter. Necesito hablar con usted.

¿Policía?

—No. Soy, un ciudadano como otros muchos, aunque interesado específicamente en un hecho ocurrido hace algunos meses.

—No sé si yo podré...

Baxter sonrió.

—¿Hemos de seguir hablando en la puerta?

Pase —dijo Mary, secamente. Fue a una consola, abrió un cajón, sacó un pequeño revólver y lo dejó ostentosamente a. la vista—. Esta ciudad es muy dura y hay que estar prevenida —añadió.

—Cierto —convino el visitante—. ¿Puedo fumar?

Ella asintió, pero rechazó el cigarrillo que le ofrecía Baxter.

—Acabo de decir que es preciso estar prevenida. Ese cigarrillo puede estar drogado —manifestó, secamente.

— ¡Oh, comprendo.. ! ¿Teme que le hagan lo mismo que a Sophia Orwell?

Mary se atiesó bruscamente. Baxter apreció que no había cambio de color en su rostro. Una máscara muy bien hecha, pero imposibilitada para reflejar ciertas sensaciones psíquicas.

—Tiene la cara cortada horriblemente —añadió Baxter—. Por eso lleva una máscara, Mary.

— Váyase, váyase —dijo ella, con voz sorda. Las lágrimas habían aflorado repentinamente a sus ojos —. No quiero seguir hablando más…

—Antes he mencionado un suceso ocurrido hace algunos meses. Yo estaba presente, cuando un tipo llamado Manny Earle cortó la cara de una chica. Diana Culpepper está ahora en una clínica, restaurándose las cicatrices causadas por los cortes de la navaja de Earle. Usted podría hacer lo mismo… y olvidar su venganza y no tomar parte en la proyectada ejecución de Maledon.

—¿Cómo lo sabe usted? —gritó Mary, descompuestamente.

Baxter sacó una tarjeta de visita y la dejó sobre la consola, junto al revólver.

—Quiero ayudarla, Mary —dijo, con acento persuasivo—. Llámeme cuando haya reflexionado. Si es orgullosa, considere el pago de los gastos de clínica como un préstamo. Ya me lo devolverá más adelante…, pero puedo garantizarle que no necesitará llevar más esa máscara dentro de unos meses.

En silencio, Baxter abandonó el apartamento. Confiaba en Mary. Le había parecido una buena chica, conducida a una crítica situación por las circunstancias adversas.

Esperaba que Mary le llamase para aceptar su proposición.

* * *

Una hora más tarde, entró una mujer en el mismo apartamento.

—¿Qué te ha dicho ese hombre? —preguntó la recién llegada.

Mary le explicó cuanto había hablado con Baxter. La otra escuchó atentamente, sin interrumpirla en ningún momento, hasta que hubo terminado.

—Bien, ¿qué piensas hacer, Mary? —preguntó.

La chica se volvió bruscamente.

—No seguiré con vosotras —dijo, resuelta—. Ya he hecho mi parte y no quiero continuar.

—¡Oh, muy bien..! ¿Puedes traerme un poco de agua? He comido algo con mucha sal y tengo sed…

—Sí, desde luego.

Mary desapareció hacia el interior de la cocina. Entonces, la otra cogió el revólver de la consola y se acercó de puntillas a la puerta de la cocina. Mary estaba de espaldas, llenando el vaso.

El revólver escupió dos secos estampidos. Mary se estremeció horriblemente, soltó el vaso, que se estrelló contra el fregadero, y se agarró con ambas manos al borde, tratando de sostenerse y de

contener una caída que adivinaba irremediable. De pronto, se le doblaron las rodillas y quedó encogida sobre sí misma, estremeciéndose con sacudidas cada vez más lentas, hasta inmovilizarse por completo.

La mujer había usado guantes todo el tiempo, por lo que sabía que no corría peligro de dejar sus huellas. Una vez que hubo comprobado la muerte de Mary, volvió el revólver a su sitio. Acto seguido, sacó de su bolso una tira de fósforos, de los que encendió uno, apagándolo segundos más tarde. El fósforo usado voló a un cenicero, en el que había una colilla. La tira de fósforos quedó junto al cenicero.

Los disparos habían sido efectuados en el interior del apartamento, por lo que no cabía el riesgo de que hubieran sido oídos por alguna de los vecinos. Tranquilamente, la mujer apagó todas las luces de la casa y salió, cerrando con doble vuelta de llave. Pasarían algunos días antes de que alguien notase la ausencia de Mary Malone.

La tarjeta que Baxter había dejado sobre la consola, estaba, ahora, en el bolso de la asesina.

* * *

Durante tres días, Crook informó que Maledon realizaba una vida completamente regular, sin incidencias. Baxter, un tanto tranquilo respecto al sujeto, se sentía, sin embargo, inquieto por la falta de noticias de Mary Malone.

Al cuarto día de la entrevista, la llamó por teléfono, sin recibir ninguna respuesta. Decidió aguardar veinticuatro horas más. Si Mary no daba señales de existencia, iría a visitarla.

Para entretenerse un poco, llamó a Theda, sugiriéndole una cena seguida de una función de teatro. Theda contestó que ya tenía un compromiso para aquella misma noche, pero que aceptaría la invitación para la siguiente.

—No tengas celos —rió la joven—. Se trata de un agente de Bolsa. Es un hombre muy competente y quiero consultarle sobre ciertas inversiones que me gustaría hacer. ¡Ah! Ya es un hombre maduro, que bordea los sesenta años.

—Esos son los más peligrosos —dijo Baxter—. Cuidado, Theda.

—No hay riesgo, querido, tranquilízate —contestó ella, jovialmente.

Entonces, Baxter, un tanto defraudado, decidió quedarse en casa, con un libro en las manos y una copa de buen brandy al lado.

A las doce de la noche, Maledon volvió a su casa. Crook le siguió hasta cerciorarse de que no volvía a salir y luego regresó para esperar la salida de la gorda *barmaid,* cuyo entusiasmo hacia él no había

decaído un solo instante. Crook ignoraba lo que sucedía, en aquellos instantes, en el apartamento del rufián.

Maledon entró, encendió la luz, en el acto, alguien le puso una cuerda al cuello. Dos pares de manos le sujetaron férreamente por los brazos, en tanto que otras manos le tapaban la boca con tela adhesiva. Luego, Maledon se sintió izado en volandas y conducido hasta la puerta del baño, que tenía un montante situado a unos dos metros del suelo.

La cuerda fue sujeta al montante. Luego, las mujeres le soltaron.

Maledon vio aquellos rostros durante unos pocos segundos. La soga hizo su mortífero trabajo y no tardó mucho en perder el conocimiento definitivamente.

Pero todavía tuvo tiempo de maldecir amargamente su estúpido orgullo, que le había llevado a desdeñar la amenaza hecha por unas mujeres que, finalmente, habían sabido llevar a la práctica lo que habían anunciado.

Cuando los movimientos de Maledon hubieron cesado, una de ellas se extrañó de cierta ausencia:

—¿Dónde está Mary?

—La llamé, pero no contestó —respondió otra de las mujeres.

—Extraño, ¿no?

—Sí, pero ya has visto que no nos hizo ninguna falta.

¡Bueno, chicas, será mejor que nos vayamos! A ver si ahora, y de una vez para siempre, tomáis nota de lo que significan estas eliminaciones.

La luz se apagó y las mujeres fueron saliendo una tras otra, con la mayor discreción. Hasta bien entrado el día siguiente no fue descubierto el cadáver de Fatso Maledon por su amigo Joey Darrow.

CAPITULO X

Cuando Baxter llegaba al rellano del piso en donde vivía Mary, se sintió muy sorprendido al ver cierta aglomeración de gente ante la entrada. Dos policías de uniforme trataban de apartar a los curiosos de la puerta. Baxter se acercó y preguntó lo que sucedía.

—La inquilina ha sido asesinada, señor. Dos tiros por la espalda —informó el guardia.

Baxter sintió que se le paralizaba la respiración.

—No puede ser —murmuró.

El policía le dirigid una mirada llena de curiosidad.

—¿Era usted pariente de la víctima?

—Conocido, solamente —respondió Baxter.

—El sargento Tucker lleva el caso. Entre y hable con él.

Baxter asintió. En el interior del apartamento había un hombre fornido, de piel casi tan brillante como el betún, dirigiendo las operaciones de investigación. Dos sanitarios aparecieron empujando una camilla con ruedas, sobre la que se veía un bulto cubierto con una sábana blanca.

Baxter notó un olor poco agradable.

—Lleva muerta cuatro días —le informó Tucker—. Su cadáver ha sido descubierto por la mujer de la limpieza...

—Ayer por la tarde llamé yo, pero no me contestó. Pensé que estaría fuera de casa. Por eso he venido a verla, sargento.

—Llega ya tarde. Pero, dígame, ¿cuáles eran sus relaciones con la difunta?

— Iba a hacerle un préstamo para que pudiera operarse la cara —respondió Baxter.

—Por lo visto, alguien pensaba de forma muy distinta a la suya... Le agradecería que fuese más tarde a la Comisaría. Quiero hablar con usted.

—Desde luego.

Un hombre de paisano se acercó, sosteniendo algo con unas pinzas.

—Mire, sargento.

Hucker puso la vista en la tira de fósforos.

—¡El Birdie's! —exclamó—. Tal vez haya huellas en las superficies. Llévela al laboratorio inmediatamente.

—Sí, sargento.

Baxter mantuvo el rostro impasible. ¿Cuál había sido la relación de Mary con el dueño del Birdie's? ¿O se trataba de alguien que había estado en el local, en donde había sido obsequiado con una carterita de fósforos, luego olvidada en la casa?

Otro policía puso un revólver, con todo cuidado, en una bolsa de plástico, a la que ató, a continuación, una etiqueta. Baxter se sentía abrumado por lo ocurrido. Por un momento, pensó en visitar a Schiller, pero desistió en el acto; aquélla visita podía producir torcidas interpretaciones, que no le convenía en absoluto.

De repente, un agente de paisano entró muy excitado en el apartamento.

— ¡Sargento, han encontrado muerto a Fatso Maledon, colgado por el cuello, como Earle y Powell!

Tucker lanzó una maldición. Baxter, por su parte, pensó una vez más en la misteriosa organización de mujeres que estaba dispuesta a vengar los atropellos y ultrajes a que habían estado sometidas por parte de aquellos abyectos hampones.

Pero ¿quiénes eran? ¿Quién dirigía la organización?

* * *

—¿Tanto te interesa el caso? —preguntó Theda, aquella noche.

Baxter hizo un gesto con la mano.

—Me preocupa —respondió.

—No sabía que fueses detective...

—Y no lo soy. Pero, a veces. . Bueno, debe de ser porque me aburro y quiero jugar a los caballeros andantes, en esta época.

Theda le miró con simpatía.

—Budd, esa clase de juegos cuestan dinero —manifestó.

—Lo sé, pero no me importa, siempre que el gasto sea soportable, claro.

—Eso significa que tu agencia marcha estupendamente.

— ¡Oh! Denis Gray la dirige a la perfección. Por esa parte, pues, no hay cuidado. Pero pienso que a ti también tendría que preocuparte este asunto, Theda.

—¿Por qué? —preguntó ella, aparentemente extrañada.

—A ti también te hicieron una salvajada, lo mismo que *a* otras...

—Es cierto, aunque ya he dejado de pensar en la venganza. ¿Iba a quitarme eso las cicatrices del vientre?

—Podrías hacerlo, si quisieras.

—¿Cirugía estética?

—¡Claro!

— ¡Bah! —Theda movió la mano desdeñosamente—. Lo peor pasó hace bastantes años. Además, las cicatrices están en un sitio que no

son fáciles de ver. El quirófano me da mucho miedo... y, con usar traje de baño completo, el problema queda solucionado.

—

Baxter sonrió.

—Hay momentos en que esas cicatrices no pueden dejar de ser vistas —dijo, maliciosamente.

—Entonces, se apaga la luz y ya está —contestó ella, riendo—. Budd —señaló su plato—, apenas has tocado la cena.

—No tengo apetito —repuso él, empujando el plato hacia adelante—. ¿Has terminado tú?

—Sí, desde luego.

Baxter pagó la cuenta. Cuando salían a la calle, oyeron a un vendedor de periódicos que voceaba las últimas noticias. Intrigado, Baxter compró un diario y lo desplegó por la sección de sucesos.

—Por todos los... Han arrestado a Schiller — informó.

—¡Schiller! —exclamó Theda.

—S…—Baxter leyó rápidamente la noticia—, Han encontrado sus huellas dactilares en una carterita d« fósforos del Birdie's, hallada en casa de Mary Malone.

—Pero ese hombre..., ¿estaba loco? —exclamó ella, casi furiosamente—. ¿No se daba cuenta de que podían pillarle en cualquier momento? Ni siquiera usando el propio revólver de Mary tenía escapatoria

Baxter dobló el periódico.

—Quizá tenía otros motivos —apuntó.

—En todo caso, lo siento por la pobre Mary. Era una buena chica.

—Sí, una buena muchacha.

Baxter pensó en que Mary Malone ya no podría arreglarse la cara. Pero tampoco le daría detalles de la organización que se dedicaba a vengar mortíferamente ciertos agravios.

La noticia le había quitado las ganas de diversión, por lo que se limitó a dejar a Theda en la puerta de su casa. Al regresar, Koye dijo que tenía una llamada urgente para él.

Era Crook. El confidente le dijo que no comprendía cómo habían podido sorprender a Maledon. El Topo juró y perjuró que lo había seguido como a su propia sombra...

—No te preocupes, Lew —dijo Baxter, amargamente—. Estaban allí esperándole.

—Eso lo explica todo.

—Sí, lo explica todo..., menos la identidad de las que cometieron el asesinato.

* * *

Transcurrió una semana.

Crook llamó para dar una noticia sorprendente:

—Todos los *boys* de la banda de Schiller han abandonado la ciudad, incluso Ward y Jenkins. Están aterrados, llenos de pánico.

—Entonces, las chicas se sentirán libres.

— ¡Claro! He hablado con unas cuantas. Dos se emborracharon al conocer lo que sucedía. A propósito, el fiscal ha acusado en firme a Schiller.

—¿Quién ocupa ahora su puesto, Lew?

—Wallace en persona. Sé que ha dicho que piensa reorganizar el sistema de «protección» y que, en lo sucesivo, sus muchachos irán por parejas. Le llamaré en cuanto tenga más noticias.

—Gracias, Lew.

Baxter se quedó sumamente pensativo. En aquel asunto había algunos aspectos que no acababan de encajar por completo. Schiller estaba fuera de combate, pero Wallace, a quien solía agradarle la discreción, decidía salir a la luz del día. Probablemente, razones muy poderosas le habían obligado a tomar esa actitud. ¿Convenía una entrevista con el sujeto?

Decidió aguardar, y obtener más noticias. Así transcurrieron otras dos semanas.

Crook volvió a llamar.

—El asunto está en marcha de nuevo. Las chicas vuelven a ser presionadas. Wallace ha contratado a tipos verdaderamente duros y éstos no se dejarán impresionar por media docena de mujeres con una soga.

Entonces fue cuando Baxter decidió visitar a Wallace aquella misma noche.

Cuando se detenía, a cierta distancia del Birdie's, vio salir a dos sujetos de aire torvo y gesto duro. Eran tipos muy distintos de los que había conocido hasta entonces. Aquellos sujetos no se dejarían amedrentar por la organización de vengativas mujeres.

Los matones se metieron en un coche estacionado frente a la puerta del local. Baxter salía ya del suyo, cuando, de pronto, vio surgir una erupción de llamas y oyó un aterrador estampido.

La onda explosiva le lanzó hacia atrás. El coche de los hampones había saltado en mil pedazos. Los restos ardían ahora en pompa y dos cuerpos humanos se consumían entre las llamas.

Una sirena policial se oyó casi de inmediato. Baxter notó que algo caliente le corría por la mejilla izquierda. Sacó un pañuelo y lo puso sobre el ligero rasguño, provocado por una esquirla de metal o un trozo de vidrio, despedido a gran distancia por la potencia de la

explosión.

Ya no convenía visitar a Wallace. Lo dejaría para otro día.. , suponiendo que el sujeto no se decidiese a abandonar la ciudad. Al cabo de unos momentos, volvió a su coche y emprendió el regreso a casa.

Crook le llamó unos días más tarde.

—Wallace se ha quedado solo. Nadie quiere trabajar para él. ¿Se imagina las causas?

—Le avisaron con dinamita.

Sí.

Baxter se sentía furioso. Habían pasado semanas enteras y, hasta el momento, no podía decir que sus investigaciones hubieran conseguido nada positivo.

—Estoy como el primer día —rezongó.

Aquella tarde, cuando regresaba a su casa, se encontró con una visita inesperada.

Wallace, con Kuddo, aguardaba en el salón. Baxter les contempló en silencio durante unos instantes.

—¿Puedo servirles en algo?

Los ojos de Wallace despedían chispas.

— ¡Demasiado sabe a qué hemos venido, maldito hijo de perra! —barbotó—. ¿Por qué ha hecho todo esto? ¿Acaso quiere dinero? Podemos arreglarnos...

—Un momento —dijo Baxter—. Temo no entender lo que trata de decirme. ¿Por qué no habla más claro?

—Usted ha estado todo el tiempo detrás de este asunto. Quiere quitarme de en medio, para conseguir el magnífico negocio que es...

—La explotación de cien, o más mujeres, que se ven cien por dinero, ¿no es cierto?

— ¡Maldita sea, las putas han existido siempre!

—Sobre todo, desde que los fenicios inventaron el dinero —sonrió Baxter—. Debía de ser muy incómodo pagar los servicios amorosos de una ramera con una oveja o un cuarto de vaca o una ánfora de vino. La moneda, aunque fuese de bronce, era un procedimiento mucho más cómodo, ¿verdad?

—Mire, nosotros las protegíamos de rufianes, proxenetas y otros extorsionistas. Claro que conseguíamos mucho dinero, pero ellas, así, trabajaban tranquilamente...

—Menos las que consideraban que la cuota de protección era excesiva y querían liberarse de la tutela forzada a que estaban sometidas. Entonces, les rajaban la cara o les quemaban los pechos...,

y cuando alguna se convertía en algo muy especialmente peligroso, como Mary Malone, la liquidaban de dos balazos por la espalda.

—Schiller se extralimitó —murmuró Wallace, visiblemente incómodo.

—¡Bueno, pagará las consecuencias! Pero quiero que sepa una cosa: yo no he tomado parte en ninguno de los ahorcamientos y, en cuanto a la identidad de sus autoras, estoy tan «limpio» como usted. Respecto a arreglarnos económicamente..., bien, no aceptaría de usted un dólar para un «perro caliente», ni aunque estuviese mu-riéndome de hambre. Y ahora que ya conoce mi forma de pensar, salgan, por favor.

Hubo un instante de silencio. Luego, Wallace movió una mano:

—Anda con él, Kuddo —ordenó hoscamente.

CAPITULO XI

El gigante se levantó con ostentosa lentitud. Metió la mano en uno de los bolsillos de su traje y sacó algo que colocó en torno a su mano derecha, entre la base de los cuatro dedos y el arranque del pulgar. Baxter contempló, curiosamente, el extraño artefacto.

Era una especie de aro de cuero muy recio, provisto de cuatro púas de acero, ligeramente curvadas, como uñas de un gran felino. En realidad, su nombre era *shuko* o «garra de tigre», pero el que veía en la mano de Kuddo tenía unas púas excepcionalmente largas, de casi diez centímetros. Un golpe hábilmente asestado podía echarle las tripas al aire o destrozarle la garganta con toda facilidad.

Pero también se dio cuenta de una cosa: Kuddo no confiaba en su propia fuerza ni en su habilidad. Le pasaba al menos un palmo de estatura y treinta kilos de peso y, sin embargo, recurría al *shuko*.

—¿Va a dejar que me mate, Wallace? —preguntó, sin quitar la vista del gigante.

—Kuddo maneja muy bien ese chisme. Sólo le hará unos arañazos, para que aprenda a no meterse en donde no le llaman —respondió el interpelado, fríamente.

—En su lugar, yo guardaría ese aparato y me iría de esta casa inmediatamente. Quizá no soy yo el receptor de la lección.

—¡Vamos, Kuddo! —dijo Wallace, impaciente.

— Se contesta: «Sí, amo» —rió Baxter, en el momento en que el gigante saltaba hacia él y movía el brazo en semicírculo horizontal.

La zarpa rasgó parte de la tela del traje de Baxter. Pero entonces, el brazo de Kuddo quedó paralelo a su pecho durante una fracción de segundo, mientras la mano armada llegaba a la altura del hombro derecho. Baxter levantó velocísimamente la mano izquierda y la situó muy cerca del codo de Kuddo, haciendo fuerza con la palma hacia arriba, a la vez que bajaba la mano derecha, con el canto en la posición adecuada.

El golpe fue dirigido hacia la parte delantera del antebrazo, cerca de la muñeca y causó el efecto buscado. Dos huesos crujieron horriblemente y el dolor arrancó un grito espantoso a Kuddo.

Antes de que pudiera rehacerse, Baxter volvió a mover los dos brazos, separándolos primero para reunirlos des pues, una mano en la espalda y la otra en el pecho de Kuddo. Golpeó fuerte, pero medido; podía matar al sujeto, y no quería hacerlo, con aquel doble golpe de los filos de sus manos. El agudísimo dolor y la falta instantánea de aire, derrotaron a Kuddo, quien cayó de rodillas al suelo, gimiendo sordamente.

Wallace estaba pasmado. Sin darle tiempo a reaccionar, Baxter

desposeyó del *shuko* a su propietario y se lo puso en la mano derecha.

—¡No! —chilló Wallace aterrado, a la vez que se ponía en pie de un salto.

—Me lo quedaré como recuerdo —sonrió el joven— . ¡Ande, váyase y llévese a este inútil montón de carne!

—Está despedido ya —contestó Wallace, ceñudamente

—Eso es cuenta de ustedes dos.

Furioso, Wallace asestó una patada en el costado izquierdo de Kuddo, quien todavía seguía arrodillado. El golpe obró como un revulsivo en el gigante.

Kuddo se levantó de repente. Su brazo izquierdo estaba sano y lo movió de revés, con toda la potencia de su fenomenal musculatura. El golpe alcanzó a Wallace de lleno en plena boca y lo tiró a cinco o seis metros de distancia.

Baxter oyó ruido de dientes rotos. Íntimamente, compadeció a Wallace, pero, casi en el acto, pensó en unas cuantas mujeres, horriblemente ultrajadas. Era lo menos que se merecía, pensó.

Kuddo se había ido ya. Baxter agarró al inconsciente Wallace y lo sacó a rastras al pasillo, dejándolo fuera, sin preocuparse de lo que le pudiera suceder más tarde. Cerró la puerta, con doble vuelta de llave y se encaminó al cuarto de baño. Desde la puerta, contempló, sonriente, a su criado que, sentado en un rincón, con las manos atadas a la espalda y un pañuelo ante la boca le miraba compungidamente.

—Siento lo sucedido, pero celebro infinito que todo tu daño esté en la inmovilidad —dijo.

—El daño ha sido recibido en mi orgullo, señor —declaro Koye, después de que Baxter le hubiese dejado libre la boca.

—Te sorprendieron.

—Lamentablemente, así lúe. El señor Wallace quedó solo frente a la puerta de entrada. Yo no supe ver a su acompañante, hasta que fue demasiado tarde...

Koye se puso en pie, frotándose las muñecas ya libres de sus ligaduras.

—Me considero indigno de continuar sirviendo al señor —dijo, melancólicamente—. Un hombre como yo, no puede permitirse ciertos errores.

Baxter puso la mano sobre el hombro del oriental.

—Tim, el hombre que no comete errores, no adquiere experiencia —dijo, sentenciosamente—. Y si insistes en marcharte..., te ataré por uno de los tobillos a la pata de una mesa. Vamos, anda, ven a tomarte una copa para pasar el mal humor.

—El señor es demasiado bueno con un servidor negligente. Gracias, señor.

—Basta ya, Tim. Te ordeno que lo olvides.

Koye se inclinó profundamente.

—Obedeceré su orden, señor.

Cuando llegó a la sala, contempló con curiosidad la «garra de tigre;: que Baxter había arrebatado a Kuddo.

—Consérvela como un trofeo, señor —aconsejó.

—Así lo haré.

Koye sirvió las dos copas, pero aguardó a que Baxter hubiese empezado a vestirse. De pronto, lanzó una exclamación :

—Sigo siendo el sirviente incapaz y estúpido que usted se empeña en mantener a su lado. Ya debiera haberle dicho que la señorita Diana Culpepper desea hablar con usted.

—Esa es una buena noticia —sonrió el joven.

Y se dirigió hacia el teléfono.

—Soy Baxter —dijo, segundos después.

—¡Budd, cómo me alegro de oírle! —exclamó Diana—. Pero me alegraría más si le oyera personalmente.

—¿Quiere que vaya a la clínica?

—Si no le es mucha molestia. . De todos modos, aún seguiré aquí algunos días.

—Procuraré ir lo más pronto que pueda, Diana. Pero, entretanto, ¿no puede anticiparme de qué se trata?

Baxter oyó una argentina carcajada que sonaba al otro lado de la línea.

—Quiero darle una sorpresa —manifestó la joven.

—Está bien. Por el tono de su voz, deduzco que debe de ser bastante agradable.

—Usted mismo juzgará cuando me vea. Hasta luego, Budd.

—¿Buenas noticias? —preguntó Koye, cuando el joven hubo dejado el teléfono en la horquilla.

—Parece que sí.. —Y, en aquel instante, sonó un zumbido de discreto volumen, con rápidas intermitencias—. Creo que me llama el señor Gray, Tim.

Koye asintió, mientras se disponía a arreglar el ligero desorden en que había quedado el gran salón después de la pelea. Baxter se acercó entonces a la pared y presionó un resorte situado en un lugar apenas visible.

Un trozo de pared se descorrió silenciosamente a un lado, dejando a la vista lo que Baxter llamaba su cuarto de comunicaciones y en el que había una completísima instalación de teléfonos con pantalla, además de un par de pantallas de televisión con sistemas de grabación de videotape, para poder reproducir en el momento deseado cualquier emisión o mensaje recibido a través de las mismas. En realidad, Baxter utilizaba aquella estancia solamente para comunicarse con Gray, el director de la Digest Press, la agencia de

recortes de prensa que él mismo había fundado hacía algunos años.

El rostro cuadrado de Gray apareció de inmediato en una de las pantallas.

¿Budd?

— ¡Hola, Denis! ¿Sucede algo?

—Enciende una de las pantallas grandes, por favor, y pon en marcha el mecanismo de grabación.

—Sí, al momento.

Segundos después, Baxter veía en la pantalla, que tenía unas treinta pulgadas, la imagen de los titulares de un periódico. La noticia de aquella primera plana le hizo fruncir el ceño.

—Eso no tiene nada que ver con lo mío, aunque agradezco la información —dijo.

—Vaya, creí que podría interesarte. . Theda Crawford había estado casada con uno de los mayores fabricantes de explosivos, pero su esposo se divorció de ella, con todos los beneficios legales a su favor, debido a que se la encontró en la cama con un capataz muy apuesto, llamado Bill Crown. Por eso ella se quedó con el capataz, pero sin un centavo de indemnización, ya que el juez la consideró culpable.

—Yo sabía que había estado casada y que ahora está divorciada, pero no me parece que ¡a noticia resulte interesante. De todos modos, muchas gracias, Denis.

Gray sonrió ladinamente.

— Has hecho gastos —le recordó.

—¡Oh, sí! Por supuesto, cárgalos en mi cuenta.

—Lo haré, descuida.

—¡Avaro! — le apostrofó el joven, alegremente.

Y cerró los contactos.

El objetivo de la agencia era recortar toda clase de noticias y reportajes, así como fotografías de las páginas ilustradas, las cuales enviaban a las celebridades que estaban suscritas a tal servicio, con lo que se ¡es ahorraban muchas molestias y gastos, aparte de que los abonados estaban siempre al corriente de cuanto se publicaba acerca de ellos. En la Digest Press había un completísimo archivo, en donde se guardaban noticias e informaciones de un gran número de personas, lo cual ayudaba enormemente a Baxter cuando emprendía una investigación en algún caso complicado. Y aquel archivo se agrandaba día a día y no dejaba de crecer en ningún momento.

Silbando alegremente, Baxter salió del cuarto de comunicaciones, hizo que el muro recobrarse su aspecto habitual y dio una orden:

—Tim, voy a visitar a una persona, ¿Quieres prepararme ropa adecuada?

Koye se inclinó profundamente.

—La tengo ya preparada, señor —contestó.

* * *

Diana Culpepper estaba sentada en una butaca, vestida con una bata corta, por cuyo escote salían la cintas del camisón, también corto. Baxter se detuvo a dos pasos de la joven, contemplándola con estupefacción.

— ¡Cielos! Lo que tengo delante de mí, ¿es sueño o realidad?

— Diana se puso en pie y le tendió ambas manos.

—Creo que es realidad, Budd —contestó—. A mí también me pasa algo parecido cuando me miro al espejo.

Durante unos segundos, Baxter contempló la increíble transformación operada en el torturado rostro de la joven. Ciertamente, el doctor Langhurst había obrado maravillas en las cicatrices, de las que, prácticamente, no quedaba el menor rastro.

—Aún tiene que «repasar» un poco la piel, pero, como dice él mismo, es cuestión de «afinar» un poco el piano - dijo Diana, alegremente.

— ¡Es maravilloso! —exclamó Baxter —, Diana, no sabe cuánto me alegro de verla tan cambiada. Esto, supongo, cambiará también su vida.

—Ha empezado a cambiarla ya, Budd. Ayer vino a verme el dueño del cine donde trabajaba como taquillera. Ese cine no es el único negocio que posee: tiene cuatro salas más, dos droguerías y... Bien, ahora dice que yo no puedo seguir detrás de la ventanilla donde se expenden billetes de entrada para ver películas... Me empleará en sus oficinas, con un sueldo mucho mayor y la posibilidad de llegar a un puesto muy elevado.

— ¡Fantástico!

—Tiene una jefe de personal, que ya está próxima al retiro. Dentro de un año, yo puedo ocupar ese cargo. Me ha aconsejado que estudie contabilidad, porque esa señora es también inspectora contable de la empresa. Imagínese qué futuro...

—De color de rosa, Diana.

—Y todo gracias a usted, Budd.

— ¡Oh, no diga nada más o me pondré colorado!

—Budd, jamás olvidaré lo que ha hecho por mí. Ahora ganaré dinero y podré pagarle...

—Si sigue hablando así, me iré inmediatamente.

Los ojos de Diana estaban húmedos.

—Mi vida va a cambiar, a partir de ahora —dijo.

—No sabe cuánto me agrada oírla hablar así. ¿Puedo darle un consejo, Diana?

—¡Claro, hombre!

—Cuando salga de aquí, múdese de barrio. Vaya adonde no la conozcan. Será lo más conveniente

—Pensaba hacerlo, Budd. Dígame, ¿sabe algo más del asunto de la muerte de Earle?

Baxter meneó la cabeza.

—Estoy casi como el primer día —respondió—. Salvo que confiaba en que Mary Malone acabase diciéndome algo interesante, pero alguien lo evitó con dos disparos.

—Pobre chica —suspiró Diana.

—Yo quería que viniese, también, a esta clínica, aunque sus cicatrices hubieran sido más difíciles de restaurar. Pero el doctor Langhurst es un verdadero mago con un bisturí en sus manos. Sin embargo, no pudo ser.

—¿Se considera fracasado, Budd?

—Un poco decepcionado. No acabo de dar con la solución, por más que lo intento.

—Eso debe de resultar desagradable para un detective privado, ¿no?

—Diana, yo no soy eso que dice. Si he intervenido en éste caso, cómo también en algunos otros, ha sido porque… —Baxter sonrió ligeramente—. Bueno, soy un tipo curioso, eso es todo. Yo tengo otro negocio…

Le explicó, a grandes rasgos, en qué consistía el negocio y ella le contempló, admirada.

—Una especie de Robin Hood de los tiempos modernos —dijo.

Baxter hizo una mueca.

—Si lo prefiere así… Diana, avíseme cuando la den de alta; quiero invitarla a cenar para celebrar su curación… y también el nuevo empleo.

—Le llamaré, Budd. —Ella inspiró profundamente—. Para mí, ir con el rostro descubierto, va a ser tanto como nacer de nuevo. ;En cuanto llegue a casa, quemaré la máscara!

—Es una buena idea. Llevar careta todo el día no debe de resultar agradable.

—Horrible —sonrió ella—. Pero ya no tendré que ponérmela cada vez que vaya a trabajar o cuando alguien llame a la puerta…

De repente, Baxter pensó que había un detalle todavía desconocido para él.

—Por cierto —preguntó—, ¿quién le sugirió la idea de la careta, Diana?

CAPITULO XII

Los ojos de Wallace contemplaron agónicamente el revólver que empuñaba el sujeto situado frente a él, en el despacho del Birdie's.

—Abra —dijo el individuo.

Wallace se dio cuenta de que aquel sujeto estaba dispuesto a matarle. Resignado, abrió la caja fuerte y se apartó a un lado.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Le traje unos documentos. Fírmelos.

—Puedo negarme...

—No se lo aconsejo. Admito que nosotros sufriríamos ciertos inconvenientes, pero no hay problema humano que no acabe por arreglarse cuando se está con vida. Una vez que se muere, ya no se puede solucionar nada. , nada, absolutamente nada.

Wallace lloraba de rabia al poner su nombre al pie de los documentos que le había traído el visitante. Este movió el revólver, cuando Wallace hubo terminado la breve operación.

—Ahora, lárguese. Todavía le queda una lujosa residencia, sus cuentas corrientes... No se va desnudo precisamente. Hoot.

Wallace abandonó el despacho, tambaleándose como un beodo. El individuo cerró la puerta y corrió hacia la caja fuerte empotrada en el muro.

Había algunos fajos de billetes, pero no le prestó la menor atención, a pesar de que la suma total era muy considerable. Lo que le interesaba era la gruesa libreta de tapas negras, que pasó a sus manos en el acto.

Durante unos momentos, permaneció hojeando las páginas de .¿ libreta, pródiga en anotaciones. Su interés era tanto, que llegó a olvidarse de cuanto le rodeaba. En sus labios había una sonrisa que no desaparecía un solo instante.

De repente, se percató de que no estaba solo. Alzó la cabeza y vio a un hombre parado a la derecha de la mesa.

—¡Hola, Bill Crown! —dijo Baxter.

Crown se irguió convulsivamente. Antes de que pudiera hacer el menor gesto ofensivo, unos dedos, que parecían de acero, se clavaron en su faringe.

Se oyó un sordo gorgoteo. Crown cayó de rodillas, con las manos en la garganta, poseído por una intensísima sensación de dolor. Tranquilamente, Baxter se apoderó de la libreta y la guardó en uno de sus bolsillos.

Sobre la mesa, había un par de documentos, que llamaron su atención. También fueron a parar a sus bolsillos.

Crown empezaba a reaccionar. Baxter lo dejó sin conocimiento con un hábil golpe dirigido al cuello, bajo la oreja

izquierda. Luego, con toda tranquilidad, se dirigid hacia la salida. Antes de abandonar la estancia, apagó las luces. Cerró con doble vuelta de llave y siguió su camino. La llave fue a parar momentos después a una alcantarilla.

Baxter se sentía satisfecho. Ya tenía la solución del caso en sus manos.

* * *

Las finas cejas de Theda se alzaron, al reconocer a su visitante.

—Budd, pero...

—No me esperabas, ¿verdad?

Theda recompuso el gesto en el acto.

—Anda, entra —dijo, con fingida aspereza.

Permitió que Baxter la besara en una mejilla y luego se dirigió hacia el bar que había en un rincón.

—¿Dos cubitos de hielo? —sugirió.

Theda vestía una blusa muy corta, anudada bajo los senos, lo que dejaba al descubierto parte de la piel de su cintura. El resto de la indumentaria eran unos pantalones negros, muy ajustados, corno de *ballet,* con los pies metidos en unos zapatos de medio tacón y puntera cuadrada.

Era una combinación un tanto extraña, pensó Baxter, mientras tomaba un sorbo de whisky. Theda, frente a él, le miraba fijamente.

—¿Y bien? —dijo Theda.

Baxter hizo un gesto con la mano.

¡Ven!

Theda le siguió hasta el diván. Una vez sentados, Baxter pasó el brazo izquierdo sobre los hombros de la joven. Con la mano derecha, bajó el cierre de los pantalones y dejó al descubierto las cicatrices.

—¡Budd, eso es de muy mal gusto! —protestó Theda.

—Es que quería... ¿Sabes?, conozco a un cirujano que hace verdaderas maravillas con el bisturí. ¿Por qué no vas a que te opere?

Ella intentó desasirse del abrazo.

—Budd, por favor... —dijo ásperamente.

—Conozco a una chica... Se llama Diana Culpepper. Manny Earle le cortó la cara, pero el doctor Langhurst lía hecho maravillas en las cicatrices. Podría hacer lo mismo con éstas..

—No lo necesito —declaró la joven.

—¡Oh...! Quizá es que yo mismo puedo dejar sin señales esta hermosa tripita.

Y, de súbito, Baxter metió la uña del dedo índice y tiró, con fuerza, hacia arriba.

Se oyó un leve siseo, producido por algo que se despegaba.

Baxter se separó de la joven, manteniendo en alto la tira de plástico elaborada en forma de cicatriz.

—Seguramente, está hecho por el mismo que hacía las caretas que se ponían algunas chicas. Diana, Mary Malone..

Theda guardaba silencio. Su pecho subía y bajaba con violentos espasmos. En sus ojos había un brillo de odio infinito.

* * *

Baxter se levantó, mientras ella quedaba sentada, mirándole con ojos llenos de furia. La falsa cicatriz cayó al suelo.

—Te trazaste un plan hace muchos meses, pero no podías ponerlo en práctica sin antes granjearte las simpatías de unas mujeres maltratadas por cierta pandilla de rufianes sin conciencia. Las falsas cicatrices servirían para conseguir esa simpatía, el afecto de las víctimas hacia otra víctima... y de este modo, conseguiste persuadirlas de que debían vengarse de los hombres que las habían torturado con tanta crueldad —dijo Baxter, sin alzar la voz—. Y así, uno tras otro, Manny Earle, Benton Powell y Fatso Maledon, los mayores culpables, pagaron con la vida sus sádicas acciones.

—Aunque yo desempeñara una comedia, era un acto de justicia, ¿no te parece? —contestó Theda.

—Bien, si se piensa en la clase de tipos que eran, lo cierto es que no se puede lamentar su ausencia del mundo de los vivos. Lo que sí es de lamentar son los ocultos propósitos de tus, aparentemente, generosas acciones. Porque lo que tú pretendías no era vengar unos ultrajes, sino convertirte en la cabeza de esa organización, y luego, con hombres de tu entera confianza, seguir explotando a esas mujeres.

—¡Tienes una fantasía desbordante, Budd! ¿Cómo no lie sabido verlo antes? —preguntó ella, sarcásticamente.

—Todavía no he terminado de hablar, querida. Sí, esas chicas te ayudaban, y ¡o hacían porque creían que así se vengaban de lo que habían sufrido. Stella Fowler, Sophia Orweli, Mary Malone, Patty Logan, aunque simulaba ser mi confidente... Pero esas pobres ilusas no sabían que ayudaban a eliminar un amo para caer bajo el dominio de otro infinitamente peor. Y así conseguiste imponer el pánico entre los secuaces de Schiller y obligarles a abandonar la ciudad. Pero Wallace era, también, muy enérgico y tomó las riendas del negocio. Entonces, Bill Crown puso dinamita en un coche y dos hampones volaron hechos trizas. Los demás entendieron rápidamente la indirecta y dejaron solo a Wallace. Se comprende, claro; Crown es experto en explosivos..., es el guapo capataz con quien te acostabas y a causa del cual tu esposo te envió al diablo... y Crown iba a ser tu segundo en ese

negocio que produce miles de dólares, prácticamente sin más que tender la mano. Cuando estabas casada, tenías dinero en abundancia y de ese modo conseguiste adquirir la cuarta parte del Birdie's. Claro que entonces no pensabas en montar tu propia oficina de «protección», pero era un negocio rentable y, así, disponías ya de ciertas sumas de dinero, que no necesitabas pedir a tu marido, quien ya empezaba a sospechar de tus relaciones con el guapo Bill Crown.

»Por cierto —añadió Baxter—, Crown desempeñó una bonita comedia el día en que un intruso quiso atacarte, cuando llegábamos a tu casa. De este modo, pensabas alejar las posibles sospechas, ¿verdad?

Los ojos de Theda se entornaron.

—¿Cómo has llegado a estas sorprendentes conclusiones? —inquirió.

Baxter sacó una libreta negra y dos papeles, que lanzó sobre un diván.

—Crown ha obligado a Wallace a firmar una supuesta venta del Birdie's. Y en esa libreta hay más de cien nombres de prostitutas, protegidas por Schiller y Wallace, y a las cuales pensabas continuar otorgando tu especial «protección». Theda, yo no te hubiera dicho nada, salvo persuadirte de que no siguieras adelante por este camino de venganza, si hubieras actuado con sinceridad, deseando castigar a unos matones sin conciencia. Pero la gota que hizo rebosar el vaso, fue la muerte de Mary Malone.

— ¡Schiller la asesinó! —exclamó ella, a ¡a vez que se ponía en pie de un salto.

Baxter hizo un gesto negativo.

—Fuiste tú —acusó rotundamente— Mary era una chica sensitiva, quien ya no quería seguir por el camino que tú habías trazado. Yo la tenía ya casi convencida para que me ayudase y declarase cuanto sabia, y casi la había convencido para que se hiciera la cirugía estética. El día en que murió, ella debió de llamarte apenas me había ido de su casa. Tu comprendiste que tus proyectos podían arruinarse y decidiste matarla. Y, por supuesto, es preciso reconocer que obraste con mucha astucia. Habías estado hablando con Schiller en su despacho, de donde te llevaste una carterita de fósforos, con la propaganda del Birdie's. Schiller la tenía encima de su mesa y había utilizado unos cuantos fósforos, por lo que sus huellas habían quedado impresas en la cartulina plastificada de las cubiertas. Tú usabas guantes, por supuesto, como en el momento de disparar contra Mary. Y así, la policía cayó en la trampa y, puesto que sabían algo de sus relaciones con la muerta, le acusaron formalmente de asesinato. Pero, como la inmensa mayoría de asesinos, cometiste algunos errores, aunque yo no supe verlos en el primer momento.

—¿Cuáles fueron, por favor, Budd?

—Primero, hiciste que Diana se cubriese su rostro destrozado con una careta. Ella misma me ha dicho que tú le pagaste la máscara, aunque, gracias a mi intervención, salió fuera de tus planes antes de que tuvieras tiempo de atraerla definitivamente a tu organización. Segundo, te llevaste mi tarjeta de visita de casa de Mary. Schiller no lo hubiera hecho. Se supone que él disparó con los guantes puestos, pero cometió el supuesto error de dejarse los fósforos. No, la mataste tú.

—¿He cometido más errores?

—En efecto. Cometiste un error, aunque en aquellos instantes yo no lo advertí, preocupado con otras cosas que creía más interesantes. ¿Recuerdas? Salíamos de cenar juntos y un vendedor de periódicos voceaba a pleno pulmón el arresto de Schiller. Y tú hiciste un comentario, en *él* que yo no reparé entonces.

—¿Un comentario?

—Sí. Dijiste, más o menos: «Ni siquiera usando el revólver de Mary tenía escapatoria.»

—Y es cierto —admitió Theda, con voz tensa.

—Pero yo no había mencionado nada sobre el arma del crimen. El periódico lo decía, desde luego. Y, aunque yo no hablé nada sobre el particular, tú sí sabías que Mary había muerto asesinada con su propio revólver.

Hubo un instante de profundo silencio. Baxter fue el primero en romperlo:

—En aquellos momentos, sólo el asesino podía saber qué arma había sido utilizada para cometer el crimen.

Theda asintió.

— Cierto —murmuró. De pronto, se acercó a una silla y puso el pie encima—. Tengo los cordones un poco flojos...

Baxter apreció la hechura casi masculina del zapato. Súbitamente, Theda bajó el pie, giró en redondo y saltó hacia arriba, a la vez que emitía un penetrante grito:

Kiai!

* * *

La energía concentrada en la mente de Theda exploto en aquel grito, no demasiado alto de tono, pero sí agudo y cortante..., casi tanto como el cuchillo que había aparecido en la puntera del zapato y que buscó venenosamente la garganta de Baxter. El joven apenas tuvo tiempo de echarse a un lado para evitar el golpe, que, de haber alcanzado su objetivo, habría concluido la pelea en un segundo.

La punta del afiladísimo cuchillo rasgó la manga izquierda de su chaqueta. Baxter elevó el brazo y golpeó la pantorrilla de Theda,

desequilibrándola de inmediato.

Ella cayó, poniendo en el suelo la rodilla derecha durante una fracción de segundo, para incorporarse de nuevo, como disparada por una ballesta. Simuló una retirada, pero volvió a la carga, disparando el pie ahora al estómago de su adversario.

Baxter golpeó la pierna con el filo de su mano izquierda. Apoyada en la puntera del pie derecho, Theda trastabilló y cayó, quedando apoyada con ambas manos en el suelo.

—Te has quitado la careta al fin, aunque tú no has necesitado nunca llevarla —dijo Baxter.

Theda emitió una obscena maldición y volvió a levantarse. Un tanto encorvada, empezó a mover las manos, rectas, rígidas como una tabla, como si se dispusiera a usarlas contra el joven. Pero Baxter no se dejó engañar. Sus ojos estaban fijos continuamente en el mortífero zapato de su enemiga.

Una vez más, Theda. tras amagar dos rapidísimos golpes con ambas manos, se lanzó a fondo con .el pie derecho. El cuchillo rozó ahora el otro costado de Baxter. Este golpeó el flanco derecho de Theda, quien cayó de costado, perdido el aliento momentáneamente.

—Será mejor que abandones —dijo él—. No es por presumir, pero no puedes ganarme.

—Te mataré... —barbotó Theda, jadeante, con los ojos encendidos en llamaradas de odio—. Voy a echar tus tripas al aire...

Una vez más, se puso en pie. De súbito, sonaron dos estampidos.

Theda fue arrojada hacia atrás por el impacto de los dos proyectiles, que habían atravesado su pecho, justa entre los senos. Alguien lanzó una pistola al interior de la estancia y cerró la puerta.

Pero, en el mismo instante, se oyó, fuera, un singular alboroto. Un par de policías de uniforme irrumpieron en el apartamento. Hoot Wallace entró a continuación, sujeto por el sargento Tucker y otro detective

—Creo que hemos llegado tarde —dijo Tucker.

—Según se mire —contestó Baxter—. Al menos, han detenido al asesino.

Luego miró a Theda. La joven tenía la cabeza ladeada. Un hilo de sangre se escurría por la comisura de los labios. Ya no se movía.

Baxter suspiró. Theda había empleado una máscara para utilizar a unas mujeres engañadas, en su propio provecho: la máscara de los malos tratos y una violación inexistentes. Ahora, sin aquella careta, ya no era más que un montón de carne inanimada.

* * *

Koye había salido y Baxter estaba solo en su casa. Cuando

llamaron a la puerta, se levantó para abrir.

Había una mujer hermosa en el umbral, que le sonreía de un modo particularmente atractivo.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó.

— Pero, Budd...

—Señora, no tengo el gusto de conocerla —dijo Baxter fríamente. Y volvió a cerrar.

El timbre sonó, de nuevo, varias veces. Baxter, apoyado en la pared, junto a la puerta, con los brazos sobre el pecho, sonreía socarronamente.

La puerta se abrió de golpe.

—¡Soy Diana Culpepper! —gritó la joven a voz en cuello, a la vez que corría hacia las habitaciones interiores.

De pronto, oyó el ruido de la puerta que se cerraba. Al volver la cabeza, vio que se había quedado sola.

Durante unos minutos, se sintió presa del más profundo desconcierto. Luego, de pronto, reparó en una hoja de papel que había sobre una mesita, con un mensaje:

«He salido a comprar tabaco.»

Diana apretó los labios. Al cabo de unos instantes, se sentó en una silla, las piernas muy juntas y el bolso sobre las rodillas.

—Esperaré —dijo.

La puerta se abrid cautelosamente, pasada la medianoche. Diana dormía sobre un diván, los rubios cabellos sueltos y una mano colgando fuera.

Baxter suspiró.

—No ha picado —dijo.

Se acercó a ella y la tocó en un hombro.

—¡Diana! —llamó

Los ojos de la joven se abrieron.

—Budd, pero ¿cómo has tardado tanto…?

Me perdí —contestó él.

—Embustero...

—Diana, yo no querría...

Ella se levantó y le puso los brazos al cuello.

—Hoy es sábado. El lunes empiezo a trabajar. Tengo, para ti, todo mi fin de semana —dijo.

—¿Debo aprovecharlo?

—Si no lo haces, pensaré mal de ti, Budd.

— ¡Oh, no, todo menos eso...! Oye, ¿qué tal se duerme en el diván?

Diana le guiñó un ojo.

—Pésimamente —contestó.

Baxter contempló unos instantes el rostro de Diana, en el que no aparecía la menor señal de las operaciones sufridas.

—Eres otra —dijo.

—Sí —suspiró ella—, soy otra. Y ahora tendrás ocasión de comprobarlo —añadió, a la vez que buscaba ardorosamente la boca del hombre.

F I N